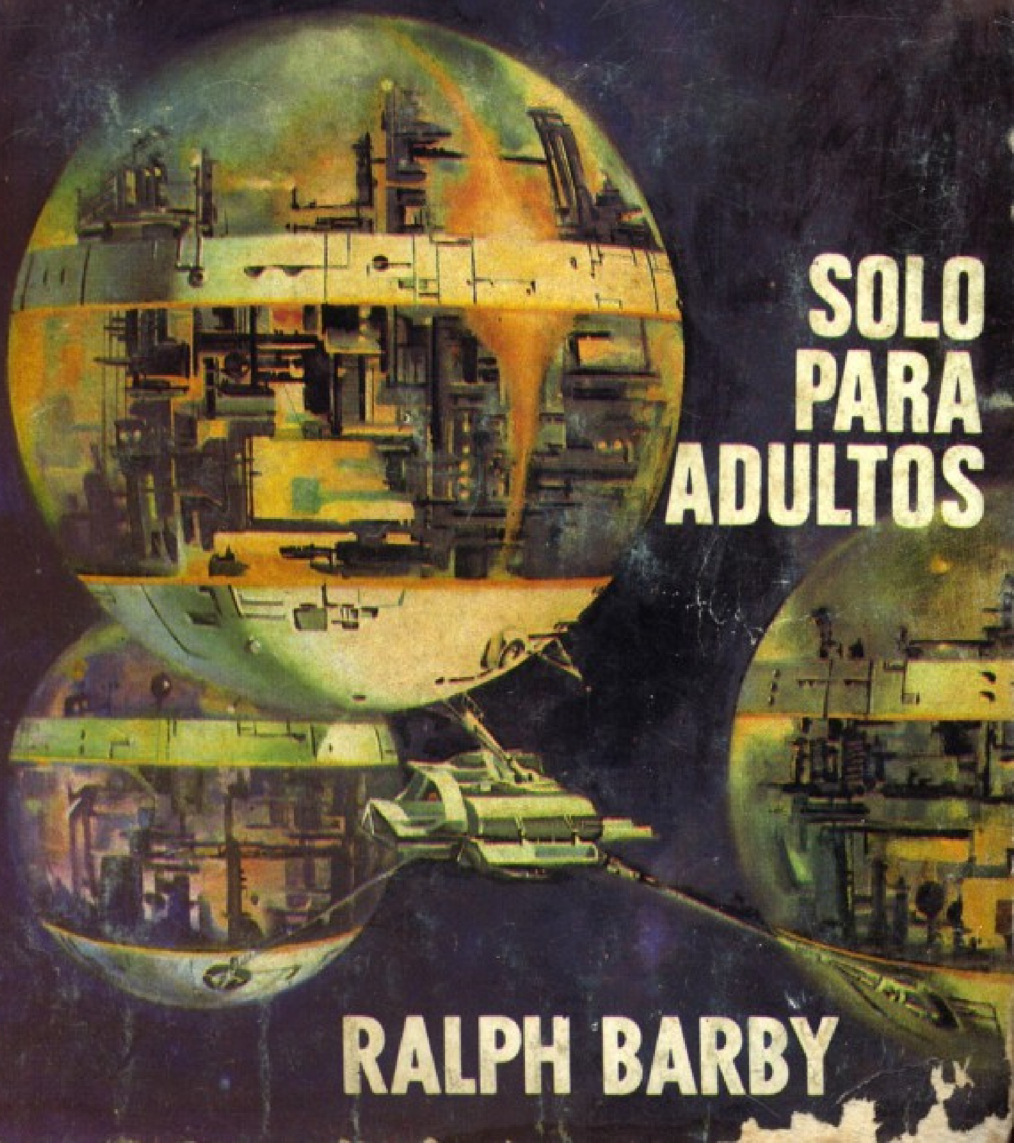
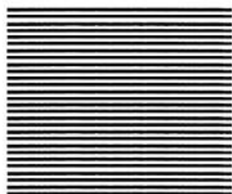
héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA

SANGRE TERRICOLA EN EL PLANETA 4

SOLO PARA ADULTOS

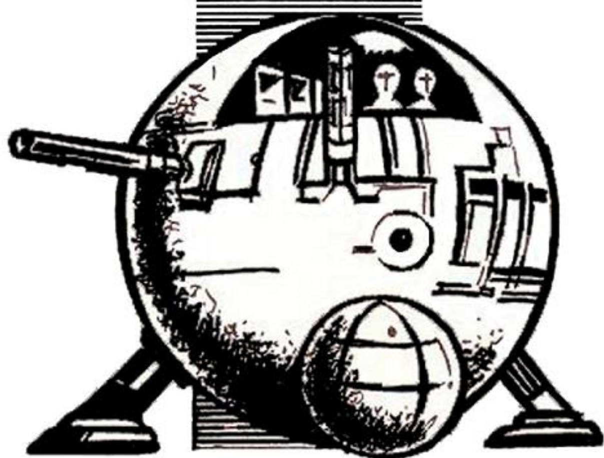


RALPH BARBY



héroes del ESPACIO





ECSA

RALPH BARBY

SANGRE TERRÍCOLA EN EL PLANETA 4

Colección
HEROES DEL ESPACIO Nº 5
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S.A.
AGRAMUNT, 8 – BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56 7
Depósito legal: B. 18.097 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª. edición: mayo 1980

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 6

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

1 —*Investigación 4.000,* ***Clark Carrados.***

2*—Un mundo muerto,* ***Burton Hare.***

3**—** ***Galaxia mortal,*** Curtís Garland.

4**—** ***Los cazadores,*** Burton Hare.

CAPITULO PRIMERO

—¡Maldito planeta! —rugió y casi escupió Donald.

Cerca de él caminaba Harry con el fusil incinerante, montado el dedo sobre el pulsador de disparo. A través de sus gafas infrarrojas miraba a un lado y a otro buscando a un posible enemigo en medio de la oscuridad del desconocido planeta.

—Me jugaría el salario de diez mil horas cósmicas a que no salimos vivos de este lugar sin luz.

—Hemos tenido mala suerte, debimos haber orbitado un poco más hasta caer en la cara iluminada de este planeta.

—Sí, una cara roja que parece el infierno. Debe hacer más calor allí que en nuestro sol terrícola y con la nave averiada, si llegamos a posarnos allá, nos hubiéramos asado como pollos en un homo nuclear.

—¿Qué supones que vamos a encontrar aquí?

—La muerte.

—No seas aguafiestas, Donald.

—No pretenderás que encima esté de buen humor, ¿verdad?

—Es que me estás poniendo de mal humor a mí.

—Si no tuviera que morir contigo, te enviaría al diablo.

—Mira, si no quieres que te abrase las nalgas, deja ya de gruñir; estoy poniéndome nervioso y tú ya me conoces.

—Sí, te conozco cuando, estás bebido.

—Maldita sea, conseguirás que al final nos peleemos!

Donald iba a contestar aleo grueso, mas calló bruscamente al escuchar un fortísimo zumbido por encima de ellos.

—¿Qué ha sido eso, Harry?

Harry miró por encima de él tratando de atisbar entre la vegetación blancuzca que crecía en aquel mundo extraño, una vegetación que nada tenía que ver con la terrícola, a la que le era imprescindible la luz para realizar la fotosíntesis y, en consecuencia, la clorofila que daba el color verde a las plantas.

Aquel planeta en el que se hallaban era totalmente desconocido para los terrícolas, que en uno de sus viajes por el cosmos habían tenido la mala suerte de sufrir una severa avería en su cosmonave.

—Harry, ¿has visto tú lo que era eso?

—Por el zumbido que ha hecho, diría que es una aeronave

antigua.

—Eso me ha parecido a mí, una aeronave como las que hace tres siglos se utilizaron en la Segunda Guerra Mundial en nuestra amada Tierra.

Harry y Donald sabían bien el ruido que podían haber hecho las antiguas naves a hélice y turbohélice gracias a las grabaciones sonoras que se conservaban en los archivos históricos.

En sus estudios como cosmonautas entraba el análisis de toda clase de aeronaves para que, si se encontraban con una en algún planeta desconocido, pudieran reconocerla. Era un proceso lógico en la evolución de la tecnología de cualquier civilización.

—Si los seres que habitan este planeta están tan atrasados, no nos van a dar mucho la lata. Les daremos duro, ya lo verás.

Más cauto, Harry respondió:

—Depende de los que sean.

Como si sus palabras hubieran sido premonitorias, se escucharon nuevos zumbidos; ahora eran mucho más.

—¡Donald, Donald, los he visto! —gritó Harry.

—Yo también —admitió Donald, mirando hacia el cielo estrellado.

—Son cosmonaves de hélice, parecen viejísimos aeroplanos.

—¿Crees que nos habrán descubierto?

—Juraría que han visto nuestra nave y nos están buscando.

—No hemos hecho nada malo. ¿Y si nos diésemos a conocer?

—Eso sería muy peligroso. Cuando uno tiene la nave bien y va armado con cañones capaces de convertir las montañas en llanuras, puede darse a conocer permitiéndose el lujo de decir que se va en son de amistad, pero tal como están las cosas, ¿quién te asegura que nada más vemos no nos dejan fritos?

Harry, más realista, dijo:

—Desengáñate, estamos perdidos y sin posibilidad de que nos saquen de aquí. No sabemos lo que vamos a comer dentro de unas horas, y digo unas horas, pero el estómago ya ha comenzado a obsequiarme con una sinfonía de Bach.

—Cuando tengamos más hambre, probaremos a comer de las plantas que nos rodean.

—Me da la impresión de que son venenosas. No tienen clorofila, son como las setas terrícolas.

—Hay setas muy ricas.

—Y otras que matan como las ***Amanitas faloides*** —dijo Harry que, sudoroso, no cesaba de mirar en derredor, temiendo que de un instante a otro les rodearan.

—Si por lo menos no se nos hubiera quemado el almacén de víveres en la avería que sufrimos en la nave.

—Sí, quién iba a decir que los meteoritos se nos iban a incrustar en el fuselaje como proyectiles de plomo.

—Ojalá hubieran sido de plomo —se lamentó Donald—, porque encima de proyectiles eran radiactivos. De lo contrario, no habríamos abandonado la nave y estaríamos ahora caminando por esta selva.

—Sí, lo más cómodo habría sido quedarnos en la nave y esperar a que nos vinieran a rescatar.

—Lo de venirnos a rescatar lo dices con mucha facilidad.

—Si Jano ha captado nuestra llamada, vendrá: es un buen amigo.

—A veces los amigos fallan.

—Jano no lo creo, es un tipo que no deja a un amigo en la estacada.

Siguieron avanzando por aquella selva para ellos tan desconocida y misteriosa. Los zumbidos habían dejado de sonar sobre ellos.

—¿Cuánto crees que resistiremos?

—Depende de lo que tarden en envenenarnos las plantas que tenemos en derredor.

—Yo no pienso comerlas.

—Allá tú con tus dolores de estómago.

—Si te envenenas, va a ser peor; aquí no tenemos medios para averiguar si una planta es venenosa o no.

—Si pudiéramos comer un buen filete asado —se lamentó Harry.

—Aunque fuera una hamburguesa de sobras de restaurante —gruñó Donald sarcástico, sin dejar de caminar.

—¿Crees que habrá animales por aquí?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? Estamos avanzando con los visores de infrarrojos y eso no detecta las huellas de pisadas. Si los viéramos, podríamos jugar a cazadores como nuestros ancestros más primitivos.

—Si veo algo vivo, lo aso —masculló Harry, que sabía que resistía menos el hambre que su compañero Donald.

—Pues no te olvides de rebajar el poder de tu fusil incinerante, no sea cosa que lo ases demasiado y sólo comamos carbón.

—No te entiendo, Donald.

—¿Por qué?

—Hay momentos que escupes rabia y en otros pareces burlarte de todo, hasta de ti mismo.

—Y de mi madre si estuviera aquí, no te fastidia.

Harry se adelantó hasta quedar a la altura de Do- nald, sin dejar de mirar atentamente en derredor, como temiendo caer en una encerrona. Los zumbidos que habían pasado volando por encima de ellos tenían que deberse a alguna cosa.

—Oye, Donald.

—¿Qué?

—¿Es cierto que naciste en un laboratorio de maternidad?

—¿Y qué diablos te importa eso?

—No, nada, pero...

—Los laboratorios de maternidad se prohibieron hace bastantes años.

—Pero ya habían nacido algunos bebés y tú fuiste uno de ellos.

—¿Quién te ha murmurado al oído, Harry?

—Ahora que estamos tan cerca de la muerte, ¿por qué no decirlo?

—Anda, vomita de una vez antes de que revientes —escupió Donald.

—Bueno, fue Gina.

—Vaya con la zorra esa.

—Entonces, ¿es cierto?

Donald soltó una carcajada que sonó hueca. Luego, dijo:

—Se lo conté porque hacerse el desvalido con las mujeres siempre funciona. Mira, la verdad, me tiré tres meses seguidos con Gina. Me acariciaba como a un gatita perdido, pero me acosté con ella tantas veces como me dio la gana y te diré más, perdí siete kilos de peso y el único ejercicio que hacía era en la cama.

—¡Diablos, tres meses con Gina! —se asombró Harry—. Debió de costarte muy caro, es una mujer muy especial, muy hermosa y cotizada.

—Bah, una zorra de primera, sólo eso, una zorra de primera y aún no soy de los que tienen más suerte; Jano me aventaja. El me

enseñó algunos trucos pese a que es más joven que yo. El condenado Jano es el aventurero más cínico que cruza la galaxia con su cosmonave. Yo estuve tres meses con Gina, pero ¿sabes cuánto tiempo estuvo él?

—¿Seis meses?

—Una semana.

—Eso es mucho menos.

—Es que la dejó él y no ella a él. Gina fue tras él como una perra faldera, según me contaron; al principio yo no quería creerlo, pero cuando estuve con ella, los ojos le destilaban odio al oír hablar de Jano, y todo porque la dejó tirada para marcharse con otra.

—Sólo consiguió el odio de Gina.

—Un cuerno. A Jano le bastaría llamarla desde otro planeta para que ella alquilara un taxi sideral para correr a su lado y servirle de alfombra o, mejor, de silla de montar. Así son las mujeres.

—Todas no.

—Harry, las mujeres como Gina despluman a los incautos como tú para ir detrás de los tipos como Jano.

—O como tú, ¿verdad? Me parece que te pasas de listo. Si salgo de ésta, se lo voy a preguntar a Gina.

—¿Qué te quieres apostar a que lo que te he contado es cierto?

—Antes de apostar nada, mira delante de ti.

—¡Por todos los meteoritos siderales! —rugió—. ¿Qué es esto?

—No lo sé, pero están ahí —gruñó Harry casi sin voz, deteniéndose, negándose a avanzar un solo paso más adelante.

Los dos terrícolas montaron sus armas preparadas para el disparo.

Frente a ellos, por todas partes, podían verse extrañas figuras inmóviles sobre el suelo, encima de las ramas de los árboles, figuras encaradas con ellos sin duda, aunque con los rayos infrarrojos era difícil de precisar, ya que aún se hallaban a distancia.

—¿Qué hacemos, Donald?

—Si tuviera en la boca una pella de chicle, la escupiría y luego me adelantaría para decirles: «Somos terrícolas, hemos venido en son de paz. Somos amigos y

os vamos a regalar chocolatinas», pero me temo que no estoy de humor.

—Deja de ser tan sarcástico, ellos nos han visto.

—Lo que no sé es si son animales o seres inteligentes.
—Yo voy a freírlos.
—Espera, espera, todavía no nos han atacado, quizá cometamos algún error. Si son inteligentes, pueden ayudamos y, si son animales, quizá podamos comérnoslos.
—Tú siempre tan práctico; yo no tengo ningunas ganas de hacer gracias.
De repente, una de aquellas figuras que hasta aquel momento permanecieran estáticas, comenzó a moverse. Se elevó en círculo, produciendo el zumbido que habían oído antes.
Harry exclamó:
—¡No son aviones, son ellos los que emiten el zumbido!
—Sí, son seres alados, y juraría que son mosquitos gigantes.
—Si son mosquitos gigantes, estamos perdidos, amigo Donald.
—Nos hemos olvidado el insecticida, veremos si esto sirve —dijo, moviendo su fusil incinerante.
Disparó y dio de lleno al mosquito que había iniciado su vuelo. Se convirtió en una llamarada y fue un fuego rápido y vivo a la vez.
—¿Le has dado, Donald?
—Creo que sí.
—Ahora que ha empezado el baile, dispararé yo también.
Comenzaron a disparar y nuevos de aquellos extraños seres que semejaban mosquitos gigantes ardieron en el aire, pero eran demasiados. Los dos terrícolas estaban rodeados en un lugar totalmente desconocido para ellos.
—¡Donald! —gritó Harry desgarradoramente.
Donald se volvió a tiempo para ver como un mosquito gigante, uno de aquellos repugnantes insectos, se había aferrado con sus finas y larguísimas patas a la espalda de Harry y empujaba con su aguijón atravesando el traje y la piel como si el aguijón fuera del más templado acero.
Harry cayó hacia adelante, mas el mosquito no le soltó. Seguía con el aguijón clavado en su espalda.
Donald quiso liberar a su amigo, pero entonces sintió la dolorosa punzada en su propia espalda y lanzó un grito de horror mientras notaba que le sorbían la vida.
La sangre de su cuerpo pasó al estómago del maldito gigante de aquel desconocido planeta al que habían ido a caer mientras su

S.O.S. galáctico cruzaba el espacio sideral en busca de una mano amiga que pudiera ayudarles, una mano amiga que llegaría tarde.

CAPITULO II

Andrea era una de esas mujeres exóticas nacidas de la mezcla habida entre los terrícolas que jamás habían salido del planeta Tierra y las generaciones mutadas por haber nacido en la Luna, Marte, Venus o los satélites del padre Júpiter, mutaciones genéticas que no habían degradado a los terrícolas nacidos lejos del planeta Tierra, pero que sí les habían transformado para mejor adaptarse al medio ambiente, a las correspondientes diferencias de presión y de gravedad, además de la alimentación.

Andrea conservaba un salvajismo natural, un primitivismo que la hacía deseable a los ojos de los hombres, fueran mutados o no.

Por otra parte, tenía la elasticidad, la agilidad, el exotismo de las foráneas. Sus cabellos eran muy largos y espesos y habían adquirido la tonalidad de las nacidas en las lunas de Júpiter, un color rubio rojizo con tonalidades de cobre brillante.

Sus oíos eran muy grandes, de pupilas verdes, y como esmeraldas expuestas a la luz del sol centelleaban.

El óvalo de su rostro era ligeramente alargado y sus dientes podían catalogarse de perfectos. Sus labios eran carnosos y pletóricos de color, un color cereza vivo, con el labio superior bien perfilado, formando en su unión una tentadora uve.

Las caderas poseían una redondez perfecta y quizá lo que llamaba más la atención, aparte de sus piernas largas y bien torneadas, eran sus senos altos y redondos, con los pezones fuertes y duros presionando siempre contra la ropa que trataba de cubrirlos, unos pechos muy salientes y agresivos, con una dureza singular, pues sin nada que los sostuviera en el aire, permanecían altos y atrayentes.

Andrea peinó los cabellos de Jano con sus dedos. De costado, se inclinó ligeramente sobre él estando ambos en la cama, en una habitación semiesférica con techo de cristal y suspendida en el vacío al borde de su precipicio.

Parecían hallarse a bordo de una nave espacial; bastaba mirar hacia arriba para ver las estrellas, la Luna y el lejano Júpiter, que daba la impresión de ser un planeta paciente, pesado.

—Si te vendieran como esclavo, te compraría.

Jano estiró sus manos y la cogió por la espalda, presionándola

contra sí hasta obligarla a aplastar sus pechos contra su tórax viril, fuerte y velloso.

—¿Para qué me comprarías?

—Para que no te escaparas de mi lado.

—¿Es que me he escapado?

—No, pero sé que no soy la única en tu vida.

—¿No te conformas con tu parte?

—Np, soy muy celosa.

—Y absorbente.

—Algún día conseguiré retenerte para siempre a mi lado.

—Eso es difícil que ocurra. Soy un aventurero de la galaxia, hago encargos que me pagan bien. Hay ocasiones en que el negocio es ruinoso, pero otras veces compensa y me gusta ser libre.

—El fin de todos los aventureros de la galaxia es perderse en el cosmos para siempre. Desaparecen en el espacio sideral y jamás se vuelve a saber de ellos. Algunos se desintegran y otros inician el camino del vuelo eterno hacia otras galaxias, un viaje sin retomo.

—Eso les ocurre a los que sufren una avería en sus cosmonaves.

—Una avería en el espacio puede ocurrirle a cualquier cosmonauta, tú no eres inmune a todo.

—No, claro que no lo soy.

La mordisqueó en los labios. Le gustaba besar los labios de Andrea mientras la amaba; le gustaba presionarla, oírla gemir incluso. Era un placer un poco sádico, quizá porque sabía que el amor de Andrea no estaba exento de unos leves toques de masoquismo. Andrea no era una mujer vulgar; cuando amaba era toda fuego.

—Yo tomo precauciones. Ahora mismo, mi cosmonave está en los hangares de mantenimiento y repaso.

—¿Cuándo te marcharás?

—Cuando me digan que está lista.

—¿Y adónde iras?

—Tengo planes.

—¿Secretos?

—En según qué ocasiones, un aventurero de la galaxia no debe revelar a nadie adónde se dirige.

—Sé que encontraste dos yacimientos de plutonio.

—Y los vendí bien. Si hubiera dicho algo a alguien, ¿qué habría

ocurrido? Pues que se habría apoderado otro de mi descubrimiento.

—¿No te fías de mí?

—De nadie, encanto, de nadie.

—¡Qué cínico eres! Y yo que me dejaría abrasar viva, que me dejaría desintegrar por ti…

Jano apartó el rostro de ella y sonrió, incrédulo.

—Eres la mujer más hembra que he conocido jamás.

—¿Más que la tal Gina?

—Sueno, no digo que esa Gina estuviera o esté nada mal, pero…

—¿Te gusto más yo?

Jano le dio un vuelco súbito y ambos rodaron sobre el amplísimo colchón ovoide de color rosa salmón sobre el que destacaba la piel suave y blanca de Andrea. Jano quedó encima de ella y la mordió entre los senos.

—¡Ay!

—Te he dejado la marca de Jano.

—¡Bruto!

Jano saltó de la cama y se metió en la ducha de agua micronizada. En cinco minutos salió de la ducha con los poros prietos para no sudar en horas y totalmente seco.

Se vistió y encontró a Andrea gateando sobre la cama, sin perderle de vista con sus grandes ojos verde esmeralda brillantes.

—¿Te vas?

—Me da la impresión de que te gustaría ser araña y tenerme como a un insecto atrapado en tu tela, sin poder escapar.

—¿Por qué no? Te clavaría el aguijón.

—Eso del aguijón es tarea mía y no tuya.

—Es cierto, y no puedo quejarme de que sea dañino. Te amo, sinvergüenza. Si te vas a alguna parte, te seguiré a los confines del mundo.

—¿Y qué entiendes tú por mundo?

—No sé, el fin de la galaxia.

—Eres una mujer rica y te aburres. Tienes todo el poder económico que deseas y, si pudieras, me comprarías para satisfacer tus caprichos.

—Es cierto, ya te lo he dicho antes, te compraría. ¿Has visitado algún planeta donde se practique la esclavitud?

—Sí, conocí un planeta de esa clase, estaban muy primitivos aún.

—¿Por qué no vamos allí? Yo te pago el combustible.

Jano sonrió mientras terminaba de vestirse.

—¿Para qué? —preguntó—. ¿Para ofrecer dinero para que me capturasen y luego poder comprarme?

—Sería divertido, ¿no?

—Sí, para ti. Adiós, Andrea, me voy. Ya sabes, las despedidas de los hombres como yo pueden ser definitivas, es posible que no regrese jamás aquí.

—Si no regresas, te sacaré los ojos —amenazó ella, haciendo rechinar sus hermosos dientes.

—¿Cómo vas a arrancármelos si no me encuentras?

—Siempre hay buscarrecompensas en la galaxia. Pagaré lo que sea hasta que den contigo.

—¿Pagarías para que me sacaran los ojos?

—A los traidores hay que castigarles de alguna forma.

—¿Y en qué te fundas para calificarme de traidor?

—Eres mío, Jano, mío, algún día te marcaré.

—¿Dónde?

—No sé, en la nalga, como antiguamente se hacía con el ganado, o te marcaría con los dientes en la...

—No sigas, me lo imagino.

Jano abandonó el lujosísimo cottage de Andrea, una maravilla de la arquitectura avanzada, una casa casi totalmente suspendida en el vacío y desde la que se dominaba todo un valle con el río serpenteándolo. El lugar era tan agreste como solitario.

La casa era como una burbuja de vida avanzada en medio de un espacio salvaje; sin embargo, no era fácil sorprenderla. Por todos los alrededores del cottage y a lo largo de varias millas a la redonda, había controles disimulados y cámaras de televisión que transmitían automáticamente cuando algo con vida se movía en su radio de acción, pues funcionaba con rayos infrarrojos.

Montó en su ***atom-hover-craft*** y lo puso en marcha.

Se escuchó un ligero, apenas perceptible sonido, y el vehículo se elevó del suelo como setenta centímetros.

Se mantuvo quieto unos instantes, suspendido en el aire, y comenzó a alejarse del cottage.

Mientras, Andrea manipulaba con una botonera de control a distancia y en varias pantallas de TV apareció Jano en su vehículo,

controlado desde diferentes ángulos.

Andrea amaba a Jano y aquel sentimiento era ya algo visceral. Se lo había confesado al hombre y él no terminaba de creérselo, insistía en que era el capricho de una multimillonaria aburrida, una hija de papá mimada que había heredado una fortuna que se multiplicaba por sí misma, controlada por los cerebros electrónicos.

En el fondo, la propia Andrea tampoco estaba muy segura de si ella misma no se arrepentiría una vez hubiera conseguido sujetar al hombre que más había admirado a lo largo de su vida.

No podía decir que no hubiera conocido a otros hombres, todos ellos admirables por unas u otras circunstancias, pero todos trataban de ligarse a ella y, de inmediato, Andrea pensaba que, además de su belleza, ellos podían buscar su gran poder económico.

En cambio Jano jamás había hablado de quedarse con ella de forma estable. El llegaba con un suave día de primavera y en sus encuentros era como una tormenta, una tempestad, como un tifón oceánico, como una tormenta venusina cargada de electricidad. Era el caos telúrico que casi la destrozaba y la dejaba exhausta y agotada, tendida en su lecho, pero con deseos de tenerlo cerca, de que no se le escapara.

Jano entró en la metrópoli por uno de los viales elevados. Allí tenía amigos y también enemigos. Algunos desearían negociar con él, incluso estaba Bon-doc, que pretendía convertirse en su socio.

Bon-doc siempre le había dicho que le proporcionaría capital para cubrir todos sus gastos, pero Jano lo había rechazado. Bon-doc era un gánster de la galaxia; cualquier negocio sucio que se pudiera presentar, siempre que fuera rentable, Bon-doc lo aceptaba.

Jano tenía la impresión de que algún día se vería involucrado, le gustase o no, en los negocios de Bon-doc y que todo terminaría mal. Se sabía que los hombres de Bon-doc habían asesinado a muchos aventureros galácticos para arrebatarles secretos, para impedir que hablasen o simplemente para no pagarles el trato que habían sellado con un falso apretón de manos, pero nadie podía acusarle de nada. Las víctimas de Bon-doc se transformaban en polvo cósmico y se las daba por desaparecidas.

Bon-doc era un mal tipo, pero muy listo, y mejor era mantenerse a distancia de él.

Jano pasó de largo por la metrópoli y fue directamente con su

vehículo ATH hacia el área de mantenimiento del astropuerto. En realidad, pasó de largo y se introdujo en un recinto privado. Eran los talleres del profesor Van Wagen.

Estacionó su vehículo y fue directamente hacia recepción.

Una espléndida morena que se hallaba como encajada dentro de una mesa circular en la que poseía varios monitores de TV le saludó muy sonriente.

—Hola, Jano, te han estado buscando.

—¿Ocurre algo malo?

—No lo sé, pero el profesor Van Wagen te buscaba.

—¿Y dónde está ahora?

—En la Sky-Delta.

—Esa es mi nave.

—Exacto.

—Voy hacia ella.

—Avisaré al profesor de tu llegada y si luego no tienes mucho trabajo...

La recepcionista se le acababa de insinuar abiertamente. Jano le dio una cariñosa palmadita en la mejilla

y dijo:

—Por muy caudalosos que sean los ríos, a veces se secan y hay que darles un poco de tiempo para que vuelvan a llenarse.

—No te entiendo —le dijo ella, tratando de aclarar la metáfora.

—Pues yo sí sé lo que me digo —respondió él, pensando en Andrea.

Se subió a un telesilla que la propia recepcionista puso en marcha dándole un destino concreto.

Jano se deslizó por la silla colgada del cable que le hizo cruzar por los hangares donde especialistas en cosmonáutica ponían a punto las naves confiadas al profesor Van Wagen.

Se elevó a una altura de cien metros. Recorrió casi medio kilómetro y el telesilla se detuvo justo frente a la puerta de la Sky-Delta.

Jano abandonó la silla y se introdujo en la nave. Se cruzó con varios especialistas a las órdenes del profesor

Van Wagen que le saludaron amistosamente; ellos no tenían la aridez y al mismo tiempo impersonalidad y casi desinterés de los empleados de las delegaciones de las grandes compañías

constructoras de cosmonaves que repasaban éstas casi con hastío.

Encontró al profesor en la cabina de pilotaje. Vestía chaqueta blanca y pantalones azules. Volvió su rostro venerable y enjuto hacia el recién llegado.

—Hola, profesor, me han dicho que me esperaba.

—Hola, Jano. Si hubiera sabido dónde encontrarte, te habría avisado antes.

—¿Problemas?

—Posees uno de los mejores receptores de telecomunicación que existen.

—Claro, me siento orgulloso de ello. Lo que no he conseguido descubrir son las claves secretas de recepción; tienes un ordenador muy complicado que recibe los mensajes en vía normal y los transforma en clave. ¿No crees que eso es absurdo?

—No, no es absurdo, de este modo sólo yo sé descifrar los mensajes que recibo en mi canal de telecomunicación; es una precaución que tomo.

—Eres muy astuto, Jano, así nadie te va a pisar un yacimiento. Si los explotaras por ti mismo, te habrías hecho multimillonario.

—En realidad no me interesa ser multimillonario como usted dice, profesor. A mí lo que me interesa es vivir como vivo. Si gano menos de lo que ganaría otro con lo que descubro en mis viajes —se encogió de hombros—, ¿qué más da, mientras tenga lo suficiente para mantener mi ritmo de vida? Mi ambición no es acumular poder económico sino tener la libertad de hacer lo que me venga en gana.

—Dicen que los poderosos hacen lo que les da la gana.

—Sí, gracias a los que trabajan para ellos; pero en cambio no son libres sino esclavos de su propio poder económico, de su ambición. Ahora, veamos lo que ocurre.

—Se trata de un mensaje llegado por la vía de urgencia, un mensaje que se ha venido repitiendo con insistencia.

Jano frunció el ceño cuando se percató de que el mensaje había llegado por la banda suprarroja. Tecleó dando órdenes al computador central de la nave y, al poco, comenzó a leer en la pantalla, ya traducido:

—S.O.S. galáctico, S.O.S. galáctico... —se repetía.

El profesor Van Wagen también estaba muy interesado y en tensión.

—Me lo imaginaba.

Jano continuó leyendo.

—Donald y Harry en peligro, nave averiada. Estamos en peligro, nave averiada por meteoritos radiactivos, vamos a refugiarnos en un desconocido planeta...

A continuación, daban las coordenadas siderales.

El mensaje se repetía varias veces; después, quedó cortado. Los dos hombres se miraron, inquietos.

—Conozco bien a Donald y a Harry v creo que no hubieran lanzado este mensaje en S.O.S. galáctico si no estuvieran en verdadero peligro.

—Opino lo mismo, profesor. Espero que este mensaje haya sido recibido por otras naves o centros de seguimiento.

—No lo creo. La señal ya ha llegado a tu suprarreceptor de telecomunicación y es lo mejorcito que existe por este mundo sideral, salvo que haya alguna otra nave cerca del lugar en que Donald y Harry han sufrido la avería.

—Es un caso de ayuda.

—No esperes que te ayuden oficialmente; cuando llegaran al lugar del siniestro, Donald y Harry ya no existirían. Los aventureros que traspasáis las barreras de seguridad sideral firmáis el pacto con las fuerzas de seguridad cósmica de que renunciáis a toda ayuda, ya que os metéis en los líos de vuestra cuenta y riesgo, sabiendo muy bien lo que hacéis.

—Por eso firmamos entre nosotros pactos de mutua ayuda. Tengo que ir a ayudar a Donald y a Harry.

—No te precipites, Jano.

—¿Es qué la Sky-Delta no está a punto?

—Dentro de unas pocas horas estará lista para ir al fin del universo si se lo exiges, pero antes será mejor que veamos a qué lugar corresponde la coordenada que te han dado, no vayas a tener un mal tropiezo.

—De acuerdo, profesor, acepto su ayuda. Después de todo, se trata de un S.O.S. galáctico.

Los dos hombres se pusieron a trabajar y en la gran pantalla de la Sky-Delta apareció el mapa cósmico que correspondía a las coordenadas recibidas.

—Hay que reducir perspectiva —pidió el profesor Van Wagen.

Fueron ajustando las coordenadas hasta que en el centro apareció una estrella para ellos desconocida. Van Wagen la examinó con atención y opinó:

—Debería consultar mi propio ordenador, pero creo que esa estrella no corresponde al lugar en que se halla.

—¿Supone que se trata de una estrella errante?

—Pudiera ser. Esta clase de estrellas son muy peligrosas, viajan dentro del conjunto de la Galaxia a una velocidad distinta a la de otras estrellas; incluso, en ocasiones cambian el sentido de la marcha inexplicablemente y llevan en su órbita todo su sistema planetario completo, lo que provoca catástrofes cósmicas. Ese tipo de estrellas invaden el espacio de otras estrellas, me refiero a su espacio orbital, y pueden llegar a chocar los planetas de estrellas distintas. Esas colisiones provocan lluvia de meteoritos y lo más grave es que una estrella como ésa, al entrar en los espacios de otras estrellas, tiene la posibilidad de provocar una colisión entre estrellas y es cuando ocurre el fenómeno de las supernovas.

—¿Cree que existe la posibilidad de una supernova, profesor?

—Habría que calcular la velocidad y la trayectoria de esa estrella. De momento, con los datos que poseemos, es imposible determinarlo. De todos modos es un fenómeno que me interesa mucho.

—Yo partiré hacia esa estrella y más concretamente hacia el planeta que la órbita, el número cuarto. Tengo los datos precisos para encontrarlo.

—Cuando llegues, ya no creo que se pueda hacer nada.

Jano se percató de que el fenómeno de aquella estrella errante que se desplazaba a gran velocidad con su sistema planetario incluido, atravesando los espacios que separaban a las otras estrellas, interesaba mucho al profesor Van Wagen, mucho más que lo que pudiera ocurrirles a Donald y a Harry.

El profesor Van Wagen estaba completamente dedicado a su ciencia y cuando se le presentaba la posibilidad de descubrir algo nuevo, se olvidaba de todo lo demás.

—Me temo que no se puede hacer nada por Donald y Harry, pero por lo menos hay que intentarlo.

—Me gustaría viajar contigo en esta ocasión, Jano. ¿Puede ser?

—Sí, ¿por qué no? Puede serme útil para encontrar a Donald y a

Harry. Las coordenadas que nos dieron, dentro de doscientas horas ya no serán válidas si la estrella continúa viajando sin seguir el ritmo de las restantes estrellas.

—Es cierto, las coordenadas variarán, pero yo puedo montar en tu nave un sistema de orientación muy especial.

—Eso llevará mucho tiempo, profesor, y yo quiero iniciar la marcha cuanto antes, se trata de un S.O.S. galáctico.

—No te preocupes, está listo para ser transportado al interior de cualquier nave. Durante el viaje, lo colocaremos en su estado óptimo en combinación con el ordenador central. Es un invento mío y es la ocasión de ponerlo a prueba; si sale bien, lo comercializaré.

—Eso puede suponer un peso extra no compensable.

—Pesa poco.

—Profesor, no me deja usted ninguna posibilidad de rechazarlo.

—Naturalmente que no. Si todo funciona, cuenta con este sistema de seguimiento de astros y asteroides. Es algo muy bueno, sólo tú lo poseerás en principio y te servirá para tus viajes.

—De acuerdo, traiga sus artilugios a bordo y que carguen la nave de suministros. ¿Cuándo podremos despegar?

—En treinta horas como máximo.

—Es demasiado tiempo.

—Intentaré bajarlo a veinticuatro horas. Voy a poner a todos mis hombres trabajando en tu nave. ¿A quiénes llevarás de tripulación?

—Michael y Panatta.

—¿Alguna mujer?

—Ya sabe cuál es mi norma, profesor. Me gustan mucho las mujeres, pero en los viajes interestelares son una complicación. Las naves son demasiado pequeñas, viene el aburrimiento y, en consecuencia, la diversión y después de los líos. Son muy eficientes, lo admito y tan indispensables como cualquier cosmonauta cuando se viaja en grandes naves con mucho personal a bordo, pero en las naves pequeñas donde hay sólo de tres a diez cosmonautas, todo son líos y ya se presentan bastantes problemas a bordo para que nos busquemos todavía más. ¿No le parece?

El profesor se encogió de hombros. El, por su edad, ya no tenía problemas con el sexo contrario.

Por contra Jano, pletórico de vitalidad, sabía que para él los problemas con el sexo eran seguros y prefería prevenir antes de que

ocurriera lo inevitable. Hacer un viaje interestelar no era como darse una vuelta por Marte o incluso Saturno; era más, mucho más.

Los problemas que podían ser relativamente pequeños cerca del planeta madre que era la Tierra, cuando se hallaban a millones de millones de kilómetros de distancia, viajando sin la seguridad de un regreso, adquirían una dimensión distinta y casi siempre mucho más grave.

Jano se decía a sí mismo que una cosa era la diversión en los tiempos de descanso y otra, viajar por el espacio y correr los riesgos sin tener necesidad de multiplicarlos. Mas, al parecer, en algunas cosas, el profesor Van Wagen no estaba totalmente de acuerdo con él porque veía los problemas humanos desde otro punto de vista, un punto de vista que hacía olvidar el poder de la sangre, de la vitalidad.

CAPITULO III

El profesor Van Wagen había puesto a trabajar a todos sus operarios especialistas para acondicionar la nave Sky Delta.

Los hombres entraban y salían lo mismo por la escotilla de personas que por la compuerta para vehículos, por la cual entraban y salían los pequeños transportes portando los suministros necesarios para llevar a cabo el largo viaje hasta el desconocido planeta donde desaparecieran Donald y Harry.

Jano arribó frente a su nave, en esta ocasión con su propio vehículo A.T.H., sin utilizar el telesilla propio de los grandes talleres para cosmonaves.

Michael iba pensativo. Era un hombre extremadamente largo y delgado, un hombre frío donde los hubiera, de temple de acero y que no se asustaba por nada. Mas, cuando se proponía llevar algo a cabo, seguía adelante aunque le costara la vida.

Era poco amistoso y el propio Jano no estaba muy seguro de cómo reaccionaría en una situación en que estuviera en peligro la vida de dos hombres, la del propio Michael y la de otro.

Quizá Michael, con lo pragmático que era, con su frialdad extrema, se quedara quieto para salvar su propia vida dejando que la vida de un supuesto compañero y amigo desapareciera.

Michael no sería el hombre que se pusiera a llorar por la desaparición de un amigo, pero era extremadamente eficiente y resultaba muy interesante contar con él.

Por contra, Panatta era más jovial, más humano, más impulsivo. Tenía tendencia a la pereza, a tocar la mandolina que llevaba consigo, pero en un momento dado podía desarrollar un esfuerzo sobrehumano.

Así como Michael desarrollaba un esfuerzo continuado y similar sin disminuir ni aumentar, Panatta podía permanecer tendido en la litera sin hacer nada, pero llegado el momento se convertía en la fuerza y la entrega de cuatro hombres.

Jano estaba seguro de que en un momento dado podía contar con Panatta; éste se dejaría quemar vivo con tal de salvar la vida de un ser más débil que él.

Panatta siempre se irritaba cuando jugaba al ajedrez con Michael porque lo normal era que perdiera, pero cuando jugaban al póquer,

la astucia y la guasa de Panatta se imponían a la frialdad de Michael, y era éste quien perdía.

Jano detuvo su vehículo ***atom-hover-craft*** dentro de la propia nave Sky Delta. Pulsó un botón y debajo del vehículo brotaron los anclajes que lo sujetaron al suelo sobre el que se había posado para que cuando la gran cosmonave se pusiera en marcha no peligrara el pequeño vehículo.

Subieron por un ascensor a la planta noble de la nave; allí estaba el profesor Van Wagen repasando su traje ***de*** supervivencia espacial por si tenía que utilizarlo durante el viaje.

—¿Cómo está todo, profesor?

—Ah, hola, Jano, creí que ibas a retrasarte. Ha comenzado la cuenta atrás, me he tomado esa libertad.

—Ha hecho bien. Todo es automático, no sucederá nada. ¿Ha pedido permiso al centro de control del astropuerto?

—Sí, tenemos permiso para el despegue. Ellos también llevan el control de nuestra cuenta atrás y no tendremos obstáculos.

—Perfecto. ¿Cuándo abandonarán la nave sus hombres, profesor Van Wagen?

—Dentro de cinco minutos sonará la sirena, en realidad ya está todo listo.

—Panatta, Michael, podéis ocupar vuestros puestos. Ya habéis oído, todo está listo para la marcha.

—¿Y el equipo del profesor Van Wagen? —preguntó algo ceñudo Michael, que podía ser una computadora viviente.

El profesor Van Wagen carraspeó y después dijo:

—Había un cartucho repleto de cajitas; bueno, las he metido en la bodega de carga.

—Me lo temía —se lamentó Michael—; esas cajitas son mi colección de música clásica.

Panatta soltó una carcajada antes de decir:

—Ya no podrás aislarte a oír a Bach y a Beethoven, tendrás que escuchar mi mandolina te guste o no.

—Yo también admiro mucho a Bach y a Beethoven —se apresuró a decir el profesor Van Wagen—. No tema, sus cajitas no han sido destruidas, repito que están en la bodega, pero hacía falta un espacio para mis aparatos de seguimiento de astros y asteroides, de lo contrario no podríamos alcanzar nuestro objetivo. Díselo, Jano —

pidió, como buscando ayuda ante el aspecto grisáceo que adquiría el rostro de Michael, que se había visto privado de su diversión favorita.

Y no es que Michael sintiera la música, porque había que decir «sentir» y no oír porque entraban varios sentidos en el placer de la melomanía, sino que él calculaba las notas en forma matemática y antes de que llegara una nota, como si fuera un ordenador programado, Michael sabía cuál iba a ser la siguiente.

No sucedió nada anormal. Sonó la sirena y los hombres del profesor Van Wagen abandonaron la nave.

Se encendieron las luces naranja de alerta y diez minutos más tarde, las rojas que advertían que cada cual debía ocupar su sitio en la nave.

Jano se situó en su butaca de comandante de vuelo y encendió los circuitos.

En pantalla apareció el rostro del jefe del centro de control del astropuerto y debajo de su rostro los guarismos que retrocedían hacia la cifra cero. Las décimas de segundo volaban rápidamente, desapareciendo.

—Jano, ¿estás a punto de despegue?

—Correcto. ¿Permiso?

—Concedido, buena suerte.

Pocos segundos después, una nube blanca ígnea apareció por las toberas de los motores de la Sky-Delta que se elevó ligeramente en oblicuo.

Pasó por encima de las otras naves del astropuerto, perforó la atmósfera y saltó al espacio vacío del cosmos.

Los motores seguían dando impulso, catapultando la nave hacia las estrellas. Ya llegaría el momento de hacer las correcciones.

De forma automática entró en funcionamiento el sistema de gravedad artificial con que estaba equipada la nave, y todos dejaron sus puestos cuando Jano dijo:

—Hemos alcanzado la velocidad de crucero siete mach luz.

—¿No ha sido un riesgo someter a la nave a tanta velocidad de empuje? —preguntó el profesor Van Wagen, que conocía bien la Sky-Delta.

—Cuando se va a la aventura, siempre se corren riesgos, profesor.

—Te creía más frío, Jano.
—¿Más frío? Vamos, vamos, a sus años no me dirá que tiene miedo de desintegrarse.
—¿Mis años? Eh, que todavía le quedan muchos años a mis huesos para moverse, no pienso morirme pronto.
De súbito, en la sala de mando hizo su entrada una mujer morena, joven y hermosa, de rostro vivaz. Sonreía complaciente, estaba llena de vitalidad.
—Todo ha ido bien —dijo ella con voz suave.
Jano, Panatta y Michael quedaron como petrificados ante aquella aparición totalmente inesperada.
Los tres se encararon con el profesor Van Wagen que carraspeó una vez más y explicó:
—Se trata de Antoinette, es la mejor especialista en supraelectrónica de seguimientos espaciales. Ella conoce mi ordenador de seguimiento mejor que nadie.
—¡Le dije que no quería mujeres a bordo! —rugió Jano.
Con aire inocente, Antoinette le preguntó:
—¿Me tiene miedo?
—No le tengo miedo a ninguna mujer, sólo quiero evitarme problemas y molestias.
—Antoinette no creará problemas, es una mujer eficiente donde las haya.
—Soy eficiente —admitió ella con una sonrisa—, aunque quizás no tanto como mi abuelo pregona.
—¿Es su nieta, profesor? —preguntó Panatta, que no le quitaba los ojos de encima a la mujer, especialmente al abultamiento de sus senos.
—Por mi parte no hay problema, el viaje será más entretenido —dijo Panatta.
—Nada de entretenimiento. Antoinette es un especialista más a bordo de la nave —puntualizó el profesor Van Wagen.
—Espero que así sea —dijo Jano—. Ya no tiene remedio. Ahora, a trabajar. Hay que localizar la estrella errante. Cuanto antes lleguemos a ella, mucho mejor, dos hombres están en peligro.
—O muertos ya —puntualizó el profesor Van Wagen.
—De todos modos, hay que encontrar sus restos para confirmar a su desaparición, es la regla entre los aventureros del cosmos —le

dijo Jano.

Pasaron tres horas y dispusieron la mesa para el almuerzo, su primera comida a bordo en aquel viaje.

Cada cual escogió de la cocina automática el plato combinado de su preferencia, que salía ya cocinado y caliente o frío, a voluntad del consumidor.

Se fueron sentando alrededor de la mesa ovalada cuando todos quedaron estupefactos al oír una voz que no entraba en sus cálculos.

—Yo también tengo hambre.

Se volvieron todos hacia la puerta.

—¡Andrea! —exclamó Jano.

Panatta silbó de admiración.

—¡Esto se pone que arde! Si siguen apareciendo más, habrá para todos.

Jano desplazó su mirada de Andrea al profesor Van Wagen, interrogándole.

—¿Qué significa esto?

—La verdad, no lo sé.

—¿Que no lo sabe, como tampoco sabía lo de Antoinette? Profesor, éste no es un viaje de placer, vamos a rescatar a unos hombres perdidos en el espacio sideral en otro sistema estelar errante, y no podemos llevar carga extra.

—Por favor, Jano, no te pongas furioso con el profesor —le dijo Andrea, mirándole directamente—. El no sabe nada, absolutamente nada. Para él es tan sorpresa que yo esté aquí como para ti.

—¿Y cómo has subido a bordo?

—Con dinero confederal se puede hacer todo, querido. He sobornado a unos empleados del profesor que me han colocado en un cartucho de supervivencia, embalada como si fuera un paquete de comida. Me ha costado un poco salir de mi embalaje, por eso he tardado algo en aparecer. Debía parecer una momia saliendo de un sarcófago.

—Pues de momia no tienes nada —opinó Panatta, con pupilas brillantes.

—Bien venida a bordo —le dijo Antoinette cordial, tendiéndole la mano.

—Se supone que quien tenia que decir «bien venida a bordo» soy yo —puntualizó Jano, de evidente mal humor.

—No seas tan quisquilloso. Me enteré de que partías para una misión muy urgente y me dije: «Andrea, lo vas a acompañar, le darás una sorpresa».

—Y como la multimillonaria puede permitirse el lujo de sobornar a unos hombres… —masculló Jano.

—¿Para qué sirve el dinero si una no puede pagarse ciertos caprichos?

—¡Quiero saber los nombres! —inquirió tajante el profesor Van Wagen.

—¿Qué nombres? —preguntó ella.

—Los nombres de quienes se han dejado sobornar.

—Eso no se lo diría ni aunque me estrangulara.

—¿Por qué? —preguntó el profesor, con aspecto de estar a punto de dejarse llevar por la cólera.

—Porque quizá necesite volver a sobornarlos en otra ocasión.

—¡Es usted una cínica!

—Jano, querido, ¿debo molestarme por lo que me ha dicho el profesor Van Wagen?

Jano expulsó el aire profundamente. Luego, más calmado, dijo:

—Será mejor que te sirvas un plato combinado y te sientes junto a nosotros.

—¿Tengo que servirme yo misma el plato?

—¡Lo que voy a hacer es darte en las nalgas la azotaina que no supo darte tu padre en su día!

—¡Atrévete, canalla!

—Empiezo a temer que sí tendremos problemas —musitó el profesor inclinando la cabeza, como refugiándose en su plato de comida. La situación era ya irremediable.

—Creo que lo más sensato sería dar la vuelta y regresar al astropuerto —opinó aquella calculadora humana que era Michael.

—¿Dar la vuelta, para qué? —preguntó Andrea, que se había servido su plato y no le apetecía mucho lo que el servició automático le había proporcionado al no teclear adecuadamente el pedido.

—Podríamos libramos de dos personas —observó Michael.

—Jano, ¿tú serías capaz de hacer tal cosa? —preguntó Andrea sacudiendo su espléndida cabellera color cobre brillante.

—Claro que sería capaz.

—Si lo haces, te araño los ojos.

—No es por miedo a quedarme ciego que no lo hago, sino por el tiempo que perdería cuando tenemos prisa en salvar a dos hombres.

—Por lo menos, Antoinette sabe hacer algo —silabeó Michael.

Andrea se encaró con él, muy molesta.

—Tú eres un poste de hielo, ¿no?

—Soy lo que soy, y cuando viajo por el cosmos no me gusta lo que no esta debidamente programado.

—¿Qué dices a esa grosería, Jano?

—Que tiene razón, yo pienso lo mismo.

—Antoinette, tendrás que enseñarme a hacer algo a bordo de ésta cosmonave o son capaces de lanzarme al espacio como objeto identificado no útil.

—Pues para mí serías muy útil —opinó Panatta.

—Cuidado, no te excedas —le gruñó Jano, hosco.

El profesor Van Wagen lanzó una ojeada muy intencionada. Era evidente que el joven comandante de la Sky-Delta consideraba a la bellísima Andrea como cosa suya, como hembra de su pertenencia, máxime cuando ella había sido capaz de sobornar a unos hombres para introducirse en la cosmonave y de este modo correr una aventura junto al hombre que la atraía, el hombre que la hacía vibrar.

Por su parte, Antoinette también se había fijado en Jano, y aunque sonreía a Andrea desde un principio con aparente buena voluntad, la consideró su rival.

El viaje por el espacio sideral podía resultar más complicado de lo previsto inicialmente mientras se desconocía lo ocurrido a Donald y a Harry.

CAPITULO IV

Pasaron varios cientos de horas sin que se suscitaran problemas importantes.

El profesor Van Wagen estaba embebido en su trabajo; para él no existían otros problemas que el de detectar a ia estrella errante con su sistema planetario completo, su velocidad, su trayectoria y las posibles colisiones que podían tener lugar durante este viaje.

Antoinette colaboraba eficazmente con él. Panatta la miraba más que de reojo y se atrevía ya a pedirle:

—Si quieres, te enseño una colección de minerales que tengo en mi ***suite***; bueno, ya sabes que no es una ***suite*** real, es un habitáculo de cosmonauta, pero...

—Gracias, ya tengo mi propia madriguera.

—Las madrigueras son para criar.

—Cerditos como tú.

Panatta no lograba ligar con Antoinette que se evadía de él con la facilidad de una anguila.

Michael lo vigilaba todo sin acercarse a ninguna de las dos mujeres. El tenía muy claro en su cerebro lo que era un viaje espacial.

Por su parte, Jano trataba de coordinar todos los esfuerzos como comandante que era y Andrea iba de un lado a otro como un fantasma.

—Me aburro —se lamentaba.

—Tendrás tiempo de divertirte cuando lleguemos al planeta que buscamos.

—Llegué a creer que una nave aventurera de esta clase tendría más diversiones a bordo.

—Ya, un salón de baile incluido.

—Uau... Yo pensaba que los aventureros del espacio os lo pasabais más divertido.

—Sí, persiguiendo meteoritos con tirachinas. Vamos, Andrea, ¿no dejarás nunca de ser una niña?

—Pues en otras ocasiones no has dicho que fuera una niña — susurró, irguiendo el busto y ampliando una sonrisa que resultaba toda una invitación al juego amoroso.

—Olvídate del juego del amor hasta que regresemos; ahora, lo

importante es la vida de dos hombres.

—El profesor Van Wagen dice que ya estarán muertos.

—Es posible, pero hay que agotar hasta la última posibilidad.

—Lo que tú crees es que al profesor sólo le interesan sus inventos, ¿verdad?

—Probablemente, pero su ciencia es muy útil en este caso. Nuestro objetivo es doblemente móvil en el cosmos; la diversión llegará cuando arribemos a nuestro destino.

—¿Y cuál será la diversión, recoger un par de cadáveres, si es que no se han desintegrado?

—Nadie te ha pedido que subieras de polizón a bordo de esta nave.

—Tengo suficiente dinero como para comprarla si quiero.

—Podrías comprarte otra igual, pero no ésta porque no está en venta.

—Si te asocias conmigo, te compraré una más grande —le dijo, sentándose en el borde de la mesa y mostrándole los muslos, la belleza anatómica de sus curvas femeninas.

—Lo dices como si dijeras «si eres buen chico, te compraré un caballo blanco para que me lleves a pasear y pueda lucirte delante de mis amigas».

—No seas tonto, Jano, ya sé que tú jamás harías el braguetazo. Eres todo un nombre, un independiente, un aventurero, por eso me gustas. Si hubiese querido un perro faldero, lo habría tenido en más de dos docenas de ocasiones.

—Pero a la hija única le gusta conseguir lo que no resulta fácil de adquirir.

—Puede ser. Sería muy triste que me encaprichara con algo fácil.

—Cometiste una tontería al introducirte en esta nave. Ahora, por favor, no me compliques la vida. Cuando regresemos, ya…

—¿Te acostarás conmigo? Claro, eso es lo que soy para ti, un objeto de sexo.

—Andrea, no sigas por ese camino y métete en la cabeza que aunque yo no sea de piedra, aunque me sienta atraído por ti, por tu belleza, en este viaje por lo menos me mostraré frío, no habrá juego entre nosotros.

—Si yo quisiera, Panatta se pondría muy asequible y aún más, apostaría algo a que le caigo muy bien al gélido Michael.

—¿Me estás lanzando amenazas?

—¿Te molesta el que te diga que otros hombres me desean?

—Es lógico que a una mujer como tú la deseen otros hombres, y más estando todos metidos en una cosmonave donde nos tenemos que soportar mutuamente. Lo malo es que tú, con tal de salirte con la tuya y ser admirada y deseada, eres capaz de provocar al mismísimo diablo si lo hubiera. Haz lo que te venga en gana, pero si ligas con Panatta o con Michael, olvídate de mí para siempre. No voy a reprocharte nada, eres tan libre como yo de hacer lo que te plazca. Si te gusta Panatta, ve con él.

—¿Te da lo mismo?

—Durante el viaje, sí.

—¿Y luego?

—Continuaré siendo tan libre como ahora, de modo que si lo que deseas es hallar mi talón de Aquiles, te equivocas, porque no vas a encontrarlo.

—Está bien, terco, insolente, arrogante, te arrepentirás.

Andrea se marchó de la sala de pilotaje en la que Jano se dispuso a ir a dormir.

En la cosmonave no existían el día y la noche, sino los ciclos programados para regular la vida de los cosmonautas. Se habían distribuido el tiempo de forma que se relevaban para que la nave no viajara sin nadie en estado de vigilia.

Fue al pequeño saloncito-comedor que poseía la nave y se encontró solo, allí no había nadie.

Se sirvió la cena y después fue a su pequeño dormitorio.

Desde él se comunicó con Michael que había ocupado su puesto en la cabina de pilotaje en la que había que supervisar los mandos, aunque la nave surcaba el espacio sideral controlada por el ordenador central.

Las variaciones de rumbo se hacían mediante un estudio conjunto de la situación, ya que había que poner en ignición los motores.

El profesor Van Wagen se mantenía vigilante, él era quien tenía localizada a la estrella errante. Sus artilugios de seguimiento electrónicos iban proporcionándole datos sin cesar.

El profesor efectuaba cálculos y más cálculos. Estudiaba el entorno de la estrella y cuantos obstáculos podían oponerse a su

paso y las posibilidades de colisión.

Posiblemente la estrella, en su avance, había absorbido meteoros gigantes o asteroides, incluso algún planeta entero, lo que habría aumentado la reacción atómica y la habría hecho más grande de lo que era.

El profesor estaba llegando a la conclusión de que la estrella errante era como una especie de bola de nieve que cayendo por la ladera de una montaña se engordaba, hasta al final resultar una bola monstruosa y devastadora.

Jano se acostó, estaba muy fatigado. Había trabajado duro repasando todos los controles primarios del sistema energético y de aireación, quería que todo estuviese a punto y no surgieron problemas.

Se acercaba el momento dramático de tomar las grandes decisiones porque ya no se hallaban demasiado lejos de su objetivo.

Estuvieron llamando a Donald y Harry sin que se produjera respuesta.

Se había dormido ya cuando se abrió la puerta de su hábitat.

Los diseñadores de las naves más avanzadas habían previsto el efecto psicológico del hacinamiento de los cosmonautas en literas y la Sky-Delta poseía dormitorios individuales que si bien no eran grandes, sí resultaban confortables y permitían el aislamiento de los cosmonautas.

La figura femenina quedó un instante a contraluz. Jano apenas pudo verla, medio dormido como estaba. Después, la puerta se cerró.

—Andrea…

—¿Hum?

Jano hizo un esfuerzo por despejarse.

—Andrea, sal, ya sabes que ahora en el viaje no…

Ella se quitó la camisa que llevaba encima y se inclinó sobre Jano. Este notó de inmediato el perfume a mujer, la calidez de los senos desnudos al alcance de sus manos.

Unos labios sensuales buscaron los suyos y supieron encontrarlos en la oscuridad.

Jano notó que su cuerpo reaccionaba ante las caricias de la fogosa fémina que casi se había estirado sobre él, montando a horcajadas como para que él no pudiera escapar tras apartar el

cobertor que protegía el sueño del hombre.

Jano quiso razonar e impedir que su instinto sensual se apoderara de el. Era tan fácil y tan placentero dejarse llevar por aquellos labios que lo mordisqueaban con suavidad, con sensualidad, con gracia, mientras las manos femeninas lo palpaban y lo pellizcaban sin agresividad, buscando reacciones en las zonas erógenas del cuerpo masculino.

Jano trató de quitársela de encima, pero sus manos sólo encontraban cabellos, senos, muslos, piel de mujer por todas partes y el olor embriagante a hembra que o aturdía.

Ella había sabido escoger el momento en que él tenía menos posibilidades de defensa frente a la provocación. Haber dormido un poco le quitaba los frenos de la razón.

—No, Andrea, he dicho que no quiero hacer el amor… No hagas que sea brusco contigo —rugió con voz ronca, más indignado contra sí mismo que contra la mujer por la dificultad que tenía para escapar a la situación, cargado de sexo.

Ella le gruñó un poquito y buscó de nuevo sus labios para sellarlos con los suyos propios mientras trataba de conseguir la unión que parecía iba a lograr pese a las protestas del hombre.

—¡No! —dijo ya con violencia—. Me gustas, estás apetecible, te deseo, sí, te deseo, me revienta la continencia, pero no te saldrás con la tuya.

La mujer se sintió sacudida y frustrada en su intento de consumación del juego amoroso y en una reacción de ira, le dio un fuerte mordisco al hombre donde pudo, sin saber exactamente en qué lugar mordía por no haber luz.

—¡Ag!

No fue un gruñido forzado sino espontáneo, ya que la mordida había sido violenta.

La mujer, despechada, recogió sus ropas a tientas y salió de la habitación corriendo, dejando la puerta abierta tras de sí sin que él alcanzara siquiera a verla.

CAPITULO V

Jano se miró al espejo y pudo observar la mordida, la señal estaba muy clara y dolía. Había faltado poco para que la mujer le arrancara un pedazo de carne.

La rabia por el rechazo del hombre se había transmitido a través de sus dientes. Era evidente que debía haber estado muy cerca de conseguir su más intenso placer sexual.

—Diablos...

Extendió sobre su piel una pomada cicatrizante, pues los dientes no se habían limitado a señalar sino que habían profundizado.

—¡Jano, Jano!

La llamada le llegó a través del pequeño altavoz que había en el baño; desde allí mismo respondió:

—¿Qué ocurre, Panatta?

—¿Puedes venir a la cabina de pilotaje?

—En seguida.

Jano se puso la camisa casaca de color rojo brillante y se trasladó a la cabina de pilotaje. Allí estaba Panatta y también el profesor Van Wagen que se notaba excitado; había saltado de su lecho para acudir también a la cabina de mando.

—¿Qué sucede, Panatta? —preguntó Jano.

—¡Donald, es Donald!

—¿Donald, seguro? —inquirió, sorprendido e incrédulo.

—Sí, escucha, he grabado la llamada.

Panatta, emocionada ante el hallazgo, pasó la grabación de la telecomunicación receptada mientras él estaba de guardia.

—S.O.S. galáctico, S.O.S. galáctico, aquí Donald... Nave Phenix ciento veintitrés, estamos en dificultades. Repito, S.O.S. galáctico, estamos en dificultades... Hemos recibido el impacto de meteoritos radiactivos. Nos hemos posado en el planeta cuarto...

Y repetía las coordenadas que ya conocían.

Cuando lo grabación concluyó, Jano miró al profesor y le preguntó:

—¿Cree que puede ser un mensaje automático?

—¿Quieres decir que este mensaje puede repetirse de forma automática y ellos estar ya muertos?

—Sí.

Antes de que el profesor Van Wagen respondiera, Panatta dijo:

—Bueno, quizá sólo puedan transmitir pero no receptar. Si recibieron el impacto de meteoritos radiactivos, su nave estará muy mal. ¿Cuándo cree que llegaremos a nuestro destino, profesor?

—Setenta y dos horas treinta minutos si hacemos las correcciones de rumbo antes de tres horas. Vamos a tener suerte y abordaremos el planeta cuarto de la estrella errante cuando se halle en la órbita estelar más próxima a nuestro rumbo

—Pues haremos esas correcciones de rumbo inmediatamente.

—¿Pasa algo anormal, algo divertido? —preguntó Andrea, entrando en la cabina con gesto indolente, ondulando su hermoso cuerpo.

Jano le lanzó una mirada fulminante; no le había dicho a nadie que llevaba en su cuerpo la marca de los dientes femeninos.

Ella tenía que saberlo muy bien; sin embargo, sus ojos parecían tan inocentes que Jano estuvo a punto de decirle algo grueso.

En aquel momento entró Antoinette sonriente.

Los ojos de Panatta se fueron de inmediato hacia el busto de la joven; le atraían aquellos senos abultados y hermosos como los de Andrea, sólo que Panatta ya sabía que era cosa de Jano y no se entrometía para no crear problemas.

Después de todo, había a bordo una segunda mujer y Michael proseguía con su actitud fría y distante con ambas.

—Hemos recibido un mensaje de los dos cosmonautas —le explicó su abuelo—. No sabemos si es un mensaje automático o un mensaje vivo.

—Trataré de comunicarme con ellos.

—Sería una gran cosa que lo consiguieras —le dijo Jano.

—Yo creo que estarán muertos —opinó Andrea.

—Lo dices como si fuera algo divertido.

Todos se pusieron a trabajar. El mensaje captado por Panatta les había puesto en ebullición, había posibilidades de encontrar con vida a Harry y a Donald.

Era más de lo que podían esperar pese a que habían iniciado aquella aventura casi con el absoluto convencimiento de que sólo encontrarían los restos de una nave siniestrada y que su viaje serviría de muy poco, únicamente para confirmar el desastre.

—Eran muy amigos tuyos ese Donald y el otro…, ¿cómo se

llama?

—Harry —respondió Jano a regañadientes.

Se daba cuenta de que deseaba a Andrea pese a que no soportaba sus excentricidades de hija mimada y multimillonaria.

Andrea se creía con la capacidad de poseerlo todo. Tenía poder económico y, por otra parte, su belleza femenina era codiciada por los hombres.

—Cuando regresemos, esto sólo te habrá parecido un viaje más o menos aburrido, pero para nosotros es mucho más. Dos compañeros están perdidos en el espacio; ahora les ha ocurrido a ellos, pero en otra ocasión puede sucederme a mí y tenemos nuestro pacto de ayuda. Por cierto, tienes unos dientes muy afilados.

Andrea entreabrió los labios mostrándole sus bien alineados incisivos y preguntó:

—¿Te gustan?

—Los míos no son tan lindos como los tuyos, pero ¿te gustaría que te diera una buena mordida?

—Si escoges bien el lugar y lo haces con suavidad…

—Eres toda sexo.

—No sólo soy sexo, soy amor también. Me gustaría que me dieses la oportunidad de demostrártelo.

—¿Cómo, metiéndote en mi nave como una vulgar polizón sideral o mordiéndome?

—Estás un poco preocupado por las mordidas, ¿no? Sería bueno que revisaras tus circuitos mentales.

—¿Y tú, precisamente tú, crees que no debo de preocuparme por las mordidas?

—No. ¿Por qué habría de pensar que sí?

—Vale más que lo dejemos.

—¡Jano, Jano, hemos recibido otro mensaje! —gritó Panatta.

Aquel nuevo mensaje les dio más convencimiento de que Donald y Harry estaban vivos, el mensaje se repetía.

—Por favor, Andrea, ya que no sabes hacer nada, por lo menos no molestes.

—Eres un…

Andrea quiso insultarle, pero Jano no le dio opción marchándose junto a Panatta, interesado por el nuevo mensaje.

Cada vez que estaban más cerca del objetivo, lo que aún

ignoraban era lo que les iba a deparar el fatal encuentro en el planeta cuatro, un mundo totalmente desconocido para los terrícolas.

La corrección de rumbo se hizo según los cálculos llevados a cabo por el profesor Van Wagen con la ayuda de sus aparatos electrónicos de medición.

Antoinette colaboraba eficientemente con él, pero cada vez que la nieta del profesor miraba a Jano, sus mejillas subían de color.

Jano no se había percatado de ello, pero Andrea sí había sorprendido tales miradas y no se recató de preguntarle:

—Te gusta Jano, ¿verdad?

—¿Es propiedad tuya, acaso?

—Como si lo fuera.

—¿Lo has comprado con tu dinero?

—Todo tiene un precio.

—¿Con qué lo compras, con brillantes venusinos?

—¿Qué más da? Lo importante es tener capacidad adquisitiva. ¿La tienes tú?

—Yo tengo inteligencia. ¿Te parece poco?

—¿Me estás llamando idiota?

—Tanto, tanto, no. La verdad es que Jano admira a las personas eficientes. Yo trabajo con mi abuelo, soy ingeniero electrónico. Tú, además de rica, ¿qué eres en realidad?

—Multimillonaria.

—Es mucho, pero no es todo —rezongó Antoinette, casi despreciativa.

—Si quisiera, compraría cualquier título para pasártelo por las narices.

—Ya, pero en una universidad de las que no ofrecen ningún respeto ni garantía. Jano no es estúpido precisamente y no le engañarías con un título comprado. Para él sólo eres una muñeca hermosa, nada más, un capricho. Yo podría ser su mejor compañera, viajaría con él a los confines de la galaxia. En mí, además de encontrar todo lo que puede hallar en una hembra deseable como tú, tendría compañerismo en el trabajo, camaradería, amistad. Tú no sabes lo que es un aventurero cuando se pasa miles de horas en el espacio. No es lo mismo que cuando regresan y se van de diversión para compensar los malos ratos pasados en sus viajes interestelares.

—De modo que, según tú, yo sólo soy capricho de un rato.

—Eso parece. A Jano le fastidian las personas imbéciles por muy bonitas que sean.

—¡Estúpida, te voy a...!

Andrea, herida en su amor propio, situación a la que no estaba acostumbrada, trató de abofetear a Antoinette, pero ésta le cogió la mano antes de recibir el golpe y la mordió con fuerza, lo que hizo gritar a la millonaria Andrea.

Antoinette la soltó, y trémula de rabia, silabeó:

—No voy a dejarme golpear por una mujer que está acostumbrada a hacer lo que le da la gana.

Andrea, todavía sorprendida por lo ocurrido, se miró la mano mordida y pudo ver que los afilados dientes de Antoinette se habían hundido en su carne hasta hacerle unas rojeces, poco faltaba para que apareciera la sangre.

—¡Te arrepentirás de esto, salvaje!

Andrea se alejó de Antoinette, que se había tranquilizado ya cuando entraba su abuelo que casi tropezó con Andrea, que salía.

—¿Qué le sucede a Andrea?

—Nada, abuelo, que está a punto de ponerse histérica. Lleva demasiado tiempo encerrada en una nave espacial y ella no es cosmonauta.

—Tú tampoco.

—Yo lo seré o, mejor dicho, ya lo soy. ¿No trabajo en este viaje espacial?

—Sí, claro.

—Pues soy una cosmonauta.

—Mirado así... La verdad es que esa mujer cometió una tontería al introducirse en esta nave. Jano es un hombre que no quiere mezclar el trabajo con el placer.

—¿Con quién crees que se podría aparear Jano?

La pregunta fue hecha como cogiendo por sorpresa al científico.

Antoinette se pasó los dedos por los dientes y semejó recordar algo, algo que horas antes la había encolerizado, pero que ahora la hacía sonreír.

CAPITULO VI

La Sky-Delta penetró con facilidad dentro del sistema de la estrella errante y llegó al planeta cuatro sin ninguna clase de error en las maniobras que Jano llevó a cabo, no en vano conocía muy bien las posibilidades de su nave.

El profesor Van Wagen comenzó de inmediato a estudiar el planeta cuatro en cuya órbita entraron mientras Panatta trataba de conseguir telecomunicaciones y Michael controlaba la inspección con las potentísimas telecámaras, buscando sobre la superficie del planeta.

Todos dejaron horas de descanso para dedicarse a la búsqueda de Donald y Harry.

Andrea, muy molesta, se encerró en la pequeña habitación que le habían asignado y comenzó a pasar cintas de videotape de evasión musical.

Todos le habían dado ya a entender claramente que era un estorbo dondequiera que estuviese excepto en su habitación donde terminó refugiándose, sintiéndose realmente una inútil. Allí, en medio del espacio sideral, lejos del planeta Tierra, todo su poder económico no servía de nada.

—¡Es fascinante! —exclamó el profesor Van Wagen.

—¿Qué es lo que le parece fascinante? —preguntó Michael que seguía atento al cuadro de nueve pantallas de TV en las que podía ver lo que las telecámaras situadas estratégicamente en el fuselaje de la nave iban captando.

—Este planeta tiene una rotación tan lenta que parece no tenerla. En vez de la rotación de veinticuatro horas que tiene la Tierra, este planeta tarda el equivalente a nueve meses y siete días terrestres.

—¿Tanto? —preguntó Panatta, sorprendido.

—Sí, y con la órbita que posee, tiene ocho estaciones climáticas, con la gravedad de que parte del planeta queda a oscuras nueve meses y siete días. Me temo que las plantas lo van a pasar muy mal. Si existe vegetación, será prácticamente sin clorofila.

—Con los infrarrojos veo vegetación.

—Sí, vegetación que despide unas calorías débiles, pero suficientes para ser captadas, aunque me temo que esa vegetación

será muy distinta a la nuestra.

—¡Eh, eh, ahí he captado algo interesante! —gritó Michael, que de ordinario era muy frío.

Todos miraron a la pantalla en la que aparecieron unos seres voladores. Jano preguntó:

—¿Qué le parecen a usted, profesor?

—Son animales y no máquinas.

—¿Animales voladores? —preguntó Panatta—. ¿Quirópteros, acaso?

—No lo sé, también podrían ser insectos, hace falta más precisión.

—Lo siento, la cámara no estaba suficientemente enfocada —se lamentó Michael.

Se había perdido ya la imagen del grupo de seres voladores que se paseaban por encima de la vegetación que allí vivía con escasez de luz.

—¿Y en la parte iluminada? —preguntó Jano.

—Es curioso, pero recibe una radiación tan fuerte que se abrasa, es una temperatura demasiado alta. Parece que la mitad de este planeta está en las sombras y en la banda meridional, en la que está la puesta o salida de su sol y a medida que la temperatura aumente, plantas y animales se verán obligados a emigrar de forma lenta y constante, siempre huyendo de la poderosa luz y el calor de la estrella errante.

—S.O.S. galáctico, S.O.S. galáctico...

De nuevo se repitió la angustiosa llamada y Panatta la pasó a los micrófonos generales de la Sky-Delta para que todos la pudieran oír.

Los mensajes se parecían demasiado a los anteriores y no ofrecían otra novedad más que la de que la recepción era más clara, más nítida.

—Está en el área oscura del planeta —dijo Panatta.

Con los mensajes que recibía iba creando un gráfico que pasó a Michael para que éste pudiera orientar mejor su inspección con las telecámaras.

Al conseguir la tercera órbita de aquel desconocido planeta, Michael comunicó a todos en voz alta, pero sin emoción, pues se controlaba perfectamente:

—He descubierto la nave.

Todos fueron hacia él y miraron las pantallas. Michael consiguió que dos telecámaras captaran el objetivo buscado.

—¿Estás seguro?

A la ansiosa pregunta de Jano, Michael asintió.

—Ahí la tenéis.

El profesor Van Wagen preguntó:

—¿No puede enfocarla con otras telecámaras?

—Es suficiente, ¿no?

Panatta miró a Jano, interrogante.

—¿Cómo bajamos?

—Podría descender una nave de inspección, luego ya veremos qué se hace.

Panatta se ofreció.

—Bajaré yo.

—No, déjame a mí —le pidió Jano.

—No irás a bajar solo —dijo Michael.

—Estaremos en contacto en todo momento. La Sky- Delta no puede quedar desatendida.

—Yo puedo acompañar a Jano, controlaría las telecomunicaciones. Soy ingeniero electrónico —recordó Antoinette.

Andrea apareció en la puerta y miró a Antoinette, que se acababa de ofrecer. Jano, sin vacilar, aceptó la propuesta de la nieta del profesor Van Wagen.

Andrea oscureció su bellísimo rostro. Una vez más, se sentía menospreciada y no estaba acostumbrada a que ello sucediera.

Comenzaba a admitir que había sido un error introducirse en la nave. No quiso escuchar más y se alejó de nuevo hacia su habitación, donde se refugió estirándose en la pequeña cama donde comenzó a sollozar.

—Te odio, te odio, te odio, estúpida de mí, ¿por qué me habré fijado en ti?

Nadie escuchó sus llantos ni dio respuesta a sus preguntas empapadas en amargas lágrimas que mojaron su cama.

CAPITULO VII

Antoinette se había vestido con su mejor casaca y cubrió sus esbeltas piernas con un panty, de modo que los faldones de la casaca quedaban sobre los muslos desnudos. Después, se calzó las botas de caña alta.

Antoinette era hermosa, plena de vitalidad, y cada vez que se colocaba delante de Jano, erguía su pecho para que él lo notase más alto, más lleno, más opulento. Sus dos mamas querían provocar el deseo en aquel hombre que la atraía poderosamente.

—¿Lista, Antoinette?

—Sí.

—¿No tienes miedo? —le preguntó Jano, ya instalados ambos dentro del pequeño vehículo que les permitiría dar el salto desde la Sky-Delta a la superficie del planeta cuatro de la estrella errante.

—¿De qué habría de tener miedo?

—Es un planeta desconocido, no sabemos lo que puede haber ahí abajo. Yo voy armado, pero... —se encogió de hombros—. Cada planeta con posibilidades de vida guarda muchas sorpresas, y ya has oído a tu abuelo, este planeta tiene posibilidades de vida. El aire es respirable, la gravedad cero noventa y cuatro.

—Pero tiene el problema de la lentísima rotación, lo que hace que nada tenga raíces permanentes porque pasa nueve meses en medio de un calor abrasador que todo lo mata.

—La necesidad crea el órgano. Es posible que aquí raíces y plantas puedan hundirse mucho en el subsuelo.

—En el área oscura hay vegetación y seres vivos que tienen el poder de volar.

—Eso ya lo sabemos, lo que ignoramos es qué más podemos encontrar.

—Cuando estemos en el planeta, lo sabremos, lo que hemos de hallar es una nave perdida y destruida.

—Procura llevar bien cerrado el traje de supervivencia. Si la nave recibió el impacto de meteoritos radiactivos seguirá emitiendo radiactividad.

—Lo cerraré bien —dijo Antoinette irguiendo sus pechos—. Todavía no hemos llegado abajo.

—Parece que no te gusta encerrarte dentro del traje de

supervivencia.

—No mucho, prefiero ir libre, sin ataduras.

—Para un cosmonauta, el traje de supervivencia es su segunda piel.

—Lo sé y prefiero mi propia piel.

—La verdad es que yo también —aceptó Jano.

—Jano, ¿estáis listos? —preguntó Michael desde la cabina de pilotaje.

—Sí, todo listo.

—En diez segundos se abrirá la compuerta.

—De acuerdo.

—¡Suerte! —les deseó Michael.

La compuerta se abrió. El aire había pasado ya a los tanques para que no escapara al espacio.

La pequeña nave despidió un suave silbido y, sin estridencias, abandonó el vientre de la Sky-Delta.

Michael la siguió con dos de las telecámaras mientras la propia Sky-Delta abandonaba la órbita de inspección para situarse en otra órbita más lejana que les permitiera quedarse fijos en el cielo, dominando el objetivo, pero sin consumir combustible.

La pequeña nave terrícola entró en la atmósfera del planeta cuatro de la estrella errante sin problemas, ya que la fricción no fue excesiva al perforarla con treinta grados en tangente.

Ya dentro de la atmósfera, hizo un descenso en espiral sobre el objetivo.

Todo era oscuridad y conectaron el detector de radiactividad, ya que la nave siniestrada no despedía calor alguno.

—¿Crees que estarán vivos? —preguntó Antoinette.

—No lo sé, pronto lo averiguaremos. Ahí la tenemos.

Jano encendió un potentísimo foco que llevaba en la proa del vehículo con dirección móvil y lo encaró con su objetivo. Al fin, consiguieron posarse frente a la nave siniestrada, iluminada de forma vertical por el foco que manejaba Jano.

—No hay señales de vida —observó Antoinette.

—No, pero sí hay radiación.

—¿Es grave?

—No mucho, deben ser restos de los meteoritos que chocaron contra la nave, meteoritos que debieron traspasar su fuselaje de

parte a parte. No creo que esa radiación sea grave; sin embargo, debemos protegernos.

—Si estuvieran dentro, ya nos habrían visto.

—Eso pienso yo; no obstante, voy a hacerles una llamada con el altavoz exterior.

—Si no ven la luz que les ilumina, mal van a oír tu voz.

—Pese a todo, hay que intentarlo. —Abrió la salida de telecomunicación y llamó—: Donald y Harry, ¿estáis ahí? Soy Jano, he venido en vuestra ayuda. Donald, Harry, ¿estáis ahí?

Repitió la llamada por espacio de varios minutos, sin conseguir respuesta alguna.

—Parece que no tuvieron suerte —opinó Antoinette.

—O que están lejos de aquí, a salvo de la radiación. Habrá que salir, tú quédate en la nave.

—Prefiero ir contigo.

—Es mejor que uno se quede aquí dentro.

—Si no te molesta, deseo acompañarte —insistió la joven.

—De acuerdo. Tú llevarás el medidor de radiaciones y la linterna y yo el fusil.

—Conforme —aceptó Antoinette.

Abandonaron el vehículo dirigiéndose a la cosmonave siniestrada que ofrecía el aspecto de un gigantesco animal que hubiera sucumbido.

La puerta estaba abierta y se introdujeron por ella. Nada se opuso a su avance; sin embargo, Jano iba preparado con su fusil para emplearlo al mínimo asomo de peligro.

—No se ve nada con vida —dijo Antoinette, comunicándose con Jano a través de los pequeños emisores- receptores acoplados en los yelmos espaciales.

Fueron internándose en la nave de Donald y Harry y observaron los destrozos causados por los meteoritos.

—Aumenta la radiación —advirtió la muchacha.

—Es lógico, aquí habrá más residuos radiactivos pegados al fuselaje.

—No hay restos de Donald y Harry. Aquí no puede haber vida, la temperatura es demasiado baja y la humedad alta. No hay luz ni restos humanos.

—Vamos a la cabina de pilotaje.

Fueron hasta ella. A Jano no le costó encontrarla, ya que tiempo atrás, antes de comprarse la Sky-Delta, había poseído una nave como la Phenix propiedad de Donald y Harry.

En la cabina de pilotaje, Jano se llevó una decepción al clavar sus ojos en el telecomunicador de emergencia.

—Lo que imaginaba. Ha estado funcionando el sistema automático de telecomunicación de emergencia, que posee una pila propia para el caso de que el resto de la nave se quede sin energía.

—¿Quieres decir que no hay posibilidades de encontrarlos?

—No, aún no hemos perdido la esperanza. No hemos hallado ningún resto humano que nos pruebe que han t muerto. Lo que sí se puede asegurar es que aquí no ha habido desintegración. Donald y Harry han de aparecer por alguna parte, no pueden haberse esfumado como disueltos en la atmósfera de este planeta.

—¿Y si se han ido a explorar?

—Es lo más seguro. Veamos primero si se han llevado suministros.

Descendieron a la bodega y no notaron el hedor que emanaba de allí porque ellos llevaban su aire propio para evitar la contaminación radiactiva.

De súbito, Antoinette vio aparecer unas gigantescas tenazas que brillaron con un color rojinegro a la luz de la linterna y gritó:

—¡Jano!

—¡Atrás, atrás!

La bestia emergió de entre un montón de cajas destrozadas. Era algo horrible y con sus gigantescas tenazas se abalanzaba sobre ellos.

Antoinette vio acercarse hacia ella las pinzas de aquel monstruo y lo grave era que, debido al movimiento de aquel ser que semejaba surgido de un averno apocalíptico, le había cortado la salida.

Jano disparó al cuerpo de aquella bestia que demostró poseer un caparazón muy duro.

No se inflamó en seguida, pero el rayo incinerante la penetró. Patas y pinzas se convulsionaron espasmódicamente de dolor y de furia.

Jano volvió a dispararle al ver que el animal se precipitada sobre Antoinette, y en esta segunda ocasión disparó a la cabeza, una cabeza sin ojos, provista de antenas que se movían en todas

direcciones.

La bestia rugió y, al alzarse sobre sus patas posteriores, cayó después dándose la vuelta sobre su duro caparazón que se abrió, mostrando unas alas demasiado duras para volar.

Se quedó agitando las patas en el aire, incapaz de volver a posarse sobre sus patas, que habían quedado mirando al techo.

Antoinette corrió a abrazar a Jano. Este la mantuvo estrechada contra sí y, pese al grosor de los trajes espaciales, notó su feminidad aplastándose contra él, buscando su protección, su cobijo, su fuerza.

—Ya está. No temas, pero es mejor salir de aquí.

Esto parece un escarabajo gigante que se ha metido en la nave buscando y ha encontrado la despensa.

—¿Y si esa bestia se ha comido a Donald y Harry?

—Es una posibilidad, pero tendrían que quedar restos, huesos, las calaveras.

Con precaución, iluminaron la bodega buscando restos humanos que no hallaron.

El escarabajo gigante, parecido en su aspecto al denominado «gigante Goliat» terrestre, apenas movía ya sus patas.

—Salgamos, aquí no están, pero en adelante tengamos precaución, pueden venir más bestias de esta clase y un descuido nos costaría la vida.

Abandonaron la nave. Ya en el exterior, Jano pidió:

—Ilumina el suelo.

—¿Para qué?

—Hay que buscar huellas.

Estuvieron buscando. Antoinette descubrió algo que le pareció raro y preguntó:

—¿Esto qué puede ser?

—Las huellas de ese escarabajo gigante. Sigamos buscando. Espera, espera, aquí, ilumina mejor este lugar, Antoinette.

—¿Crees que son las huellas de Donald y Harry?

—Sí, no están muy bien marcadas porque el suelo es duro en este lugar, pero creo que podremos seguirlas.

—¿Y hacia dónde nos conducirán?

—Donde ellos estén, seguro. Debieron salir de la nave, emprendieron un viaje a pie y no debían ir muy cargados. No pueden estar lejos.

—Habrá que avisar a la Sky-Delta, ¿no?

—Sí, y tú te quedas aquí.

—Iré contigo, yo no me quedo sola después de ver a ese escarabajo gigante.

—Está bien, iremos juntos, siempre te sales con la tuya. Cuando estemos suficientemente lejos de las radiaciones, nos quitaremos el traje espacial. Anda, ve a nuestra pequeña nave y comunica a la Sky-Delta lo que hemos encontrado y que pensamos seguir el rastro.

Mientras yo seguiré las huellas que hemos hallado y, cuando estemos a una distancia prudencial, nos despojaremos de los trajes.

—Lo que tú mandes, Jano.

Cuando Antoinette estuvo dentro de la pequeña nave, Jano, ayudado por la linterna, siguió el rastro que a trechos se veía muy claro y en ocasiones casi se perdía.

—Jano, ¿me oyes?

—Sí, Antoinette.

—No te veo bien.

—Busca la luz. Avanza hacia mí, estoy siguiendo el rastro.

Antoinette hizo lo que Jano le pedía y se desplazó con la pequeña nave hasta llegar a su altura. Jano había avanzado mucho mientras ella se comunicaba con Panatta.

Antoinette detuvo la nave. Jano se acercó a ella para despojarse del traje y observó que la chica ya se había liberado del traje de supervivencia.

—Estás muy hermosa —opinó espontáneo.

—¿Estoy o lo soy? —preguntó, muy interesada en la respuesta.

—Lo eres, evidentemente lo eres.

—Y a ti te gustan las mujeres hermosas, ¿verdad?

—Pues sí, es un problema que tengo.

Ella alzó sus muslos dentro del reducido espacio que tenían para los dos. En realidad deseaba que él los viera y los acariciara, pero Jano permanecía quieto.

Sin dejar de sonreírle provocativa, le rodeó el cuello con sus manos y aproximó su boca a la del hombre para besarlo. Lo hizo con profundidad y notó que las fibras masculinas se excitaban, pero cuando Antoinette creía que todo iba mejor, él la apartó con suavidad y firmeza al mismo tiempo diciéndole:

—No hemos venido aquí a hacer el amor.

—Siempre hay unos minutos para el amor.

—No cuando se trata de salvar a irnos compañeros del espacio.

—Ellos llevan mucho tiempo perdidos, no creo que les venga de unos minutos —le dijo ya con voz muy cálida.

—Por favor, Antoinette, no continúes.

—¿Te da miedo hacer el amor?

—Tú sabes que no.

—Para que yo lo supiera, tendrías que demostrármelo.

—Este no es el momento adecuado.

—Eso es que tienes miedo.

—Está bien, piensa lo que quieras, no servirá de nada que trates de provocarme.

—Si yo fuera Andrea, ¿lo harías?

—¿Andrea?

—Sí. ¿No es ella tu amante?

—Es mi amiga.

—Pero habéis hecho el amor muchas veces.

—Y eso ¿a ti qué te importa?

La sonrisa se enfrió en el rostro de Antoinette, que comprendió que no había escogido el momento adecuado.

—Claro, no me importa nada. Quizás es que los hombres os encapricháis más de las mujeres que no sirven para nada. Bueno, sí sirven si tienen un fuerte poder económico como Andrea, que es multimillonaria.

—¿Qué te ocurre, Antoinette? No esperaba una reacción tuya de esta clase.

—¿Y por qué no? Soy una mujer y tú un hombre. Dices que soy hermosa y tú eres un magnífico ejemplar que me atrae.

—¿Por qué no hablamos de todo esto cuando regresemos?

—¿Es que cuando emprendes un vuelo sideral te vuelves de hielo?

—Tengo mi sistema para sobrevivir en el cosmos y ni tú ni Andrea me vais a hacer cambiar, de modo que si quieres quedarte aquí, hazlo; si prefieres acompañarme, ven, pero olvídate de todo lo que hemos hablado.

Antoinette quiso replicarle algo duro que no llegó a brotar de su garganta. Era su segunda tentativa, aunque Jano creía que era la primera y las dos veces no había conseguido que él le hiciera el

amor como ella deseaba ardientemente.

En realidad, ansiaba atraparlo porque lo consideraba el hombre ideal como compañero, pero no tenía suerte y su admiración, poco a poco, se transformaba en odio sin que pudiera evitarlo.

Salieron del vehículo y siguieron el rastro, alejándose cada vez más de éste. Ella, preocupada, inquirió:

—¿Podremos regresar?

—Con este rotulador voy dejando marcas fosforescentes en las piedras y en los troncos de los arbustos, una vegetación muy extraña la que crece aquí, no entiendo como viven sin clorofila. Éste planeta está lleno de misterios para nuestra ciencia.

—¿Y si entra alguien en la nave?

—Queda bien cerrada.

—Uno de esos escarabajos gigantes puede atacarla.

—No, no lo hará, queda conectada la protección electromagnética. Si tocan la nave, recibirán una sacudida que las alejará.

Antoinette no parecía muy convencida, pero siguió a Jano, pues no deseaba quedarse sola.

Avanzaron durante un buen rato sin perder las huellas. Cuando menos lo esperaban, Antoinette exclamó:

—¡Jano, ahí!

—Sí, ya la he visto.

Frente a ellos vieron a una mujer. Era alta, más alta que Antoinette y también delgada, pero no carecía de belleza, todo lo contrario.

—¿Será un habitante de este planeta?

—¿Qué puede ser, si no?

Jano la iluminaba. Ella no parecía molestarse y aguardaba a que se le acercaran, como si se tratara de una estatua. Al fin, cuando arribaron a dos o tres pasos de la enigmática mujer, se detuvieron.

Jano fue el primero en hablar.

—Somos gente de paz, estamos buscando a nuestros amigos que sabemos andan por aquí. ¿Me comprendes?

Aquella extraña mujer, poseedora de unos ojos extraordinariamente grandes, con pupilas rojas, no habló, pero lo mismo Jano que Antoinette captaron telepáticamente lo que ella respondió.

—Os entiendo a través de vuestros pensamientos, no por vuestros sonidos.

—Bien, magnífico que nos entendamos. Somos terrícolas, la Tierra es un planeta muy lejano de aquí. ¿Me comprendes?

—Sí, sé que sois terrícolas y que venís de las estrellas.

—¿Habéis visto a nuestros amigos?

—¿Dónde están?

—Nosotras les dimos cobijo, iban perdidos.

—¿Vosotras?

—Sí, mis hermanas y yo.

—Es lo que queríamos, vamos a buscarlos —dijo Antoinette, optimista.

—Espérate —la contuvo Jano.

—¿Por qué? Si ellas tienen a Donald y a Harry, lo ha dicho, lo he captado dentro de mi cerebro como si me hablara al oído.

Jano se volvió hacia la extraña mujer de aquel ignoto planeta.

—Tú lees nuestros pensamientos, ¿verdad?

—Es la forma de comunicarme con vosotros, terrícolas.

Jano comprendió que la situación era muy peligrosa. Se hallaban en desventaja frente a aquella mujer, pues él no podía saber lo que ella pensaba. Por contra, ella debía leer claramente en sus mentes.

—Esperaremos aquí. Decidles que vengan, que hemos llegado para rescatarlos.

—Será mejor que me sigáis. Ellos están descansando, han comido hace poco.

—No me gusta —dijo Jano, sin ambages.

—¿Desconfías de mí, terrícola?

—¿Por qué no vienen ellos aquí? Si están dormidos, despertadlos; nosotros podemos esperar.

—Tu desconfianza hará que no los encontréis jamás; este planeta es muy grande.

Jano pensó que era tan grande como la Tierra. Antoinette dijo entonces:

—Es mejor que la sigamos. Se ha molestado, tú pareces tener la especialidad de irritar a las mujeres.

—Nada de eso, sólo que no me gusta caer en una trampa. Aquí hay algo que no llego a descubrir pero que presiento.

—¿Qué nos pueden hacer?

—No lo sé.
—Parece inofensiva, sólo viste la túnica que lleva y no tiene armas.
—Está bien, la seguiremos.
La extraña mujer que no había dado su nombre, como captando la decisión de Jano, echó a andar delante de ellos. La siguieron.
—¿Ves? Nos da la espalda, nada hemos te temer.
—No me gusta. Además, fíjate que ve en la oscuridad, posee vista de infrarrojos natural, como determinados insectos.
—Es lógico si viven en un mundo de oscuridad. Tú has dicho muchas veces que la necesidad crea el órgano.
—Sí, pero si en esta extraña selva existen insectos gigantes, ¿por qué va tan tranquila y desarmada?
—Puede tener algún sistema especial de defensa.
—Eso es precisamente lo que me preocupa.
—¿Por qué?
—Porque no sé cuál puede ser ese sistema de defensa.
—Me parece que te preocupas en exceso.
—Quizás, pero será mejor que te mantengas atenta en todo momento, no sabemos lo que puede deparamos el futuro inmediato. Lo desconocemos todo sobre estas mujeres.
—¿Y los hombres?
—No nos ha dicho nada de hombres.
La extraña mujer les condujo a una amplísima entrada que parecía corresponder a una morada subterránea.
—Viven en el subsuelo —observó Antoinette.
—Sí, eso parece.
Se adentraron en el subsuelo cuyas paredes fosforescían. Descubrieron muchos lagos con fuentes de aguas iridiscentes; aquí y allá se formaban arcos iris que llamaban la atención de los terrícolas. Aquel lugar era muy hermoso y en las aguas se agitaban como unas serpentinas que iban de un lado a otro.
—Qué bonito es todo esto —exclamó Antoinette.
—Sí, muy lindo, pero…
—¿Pero qué?
—No lo sé, aquí hay algo que no entiendo.
—¿Y qué es?
—Trato de descubrirlo, pero no doy con ello.

—Creo que recelas en demasía. Esto es muy hermoso y no veo belicosidad por parte alguna.

—Me da la impresión de que algo no es como nos parece verlo. Es algo sensitivo, algo visceral.

—¿Una corazonada?

—Quizás.

—¿Un hombre tan seguro como tú habla de corazonadas? —se burló Antoinette, tratando de ser hiriente, ya que el hombre no había cedido a sus provocaciones.

—Tómalo como quieras.

Jano le dio muy poca importancia a las observaciones de Antoinette; él estaba pendiente de la aparición de cualquier peligro, peligro que no se presentaba.

Llegaron al fin a una sala en la que había una mesa con profusión de manjares que se parecían a frutas terrestres y carnes desconocidas pero que olían muy bien.

Era una mesa larga y ancha, de aspecto pesado y atractivamente dispuesta. Sentados ante ella había dos hombres que de inmediato reconocieron a los recién llegados.

—¡Jano!

—¡Donald, Harry!

— ¡A1 fin escuchasteis nuestro S.O.S. galáctico! —exclamo Donald alegremente.

Se abrazaron y Jano les presentó a Antoinette.

—Es la nieta de un profesor.

—Sí, ya lo sé, del profesor Van Wagen, el que reparaba las cosmonaves —dijo Harry.

—El mismo.

—Estáis muy bien —dijo ella—, os veo en forma.

Donald la cogió por la cintura y sin previo aviso, la besó groseramente en la boca. Ella tuvo un instinto de rechazo, pero miró de reojo a Jano y se entregó a la burda caricia.

—Hemos tenido suerte de que nos recogieran las ninfas —dijo Harry, levantando un vaso que contenía un líquido denso que parecía aguardiente.

—¿Las ninfas, dices?

Jano observó que la mujer que les condujera hasta allí había desaparecido; era como si se hubiera retirado discretamente para

dejarlos solos en sus efusiones.

—Sí, ellas se llaman las ninfas —insistió Harry.

—¿Cómo disteis con ellas?

—Nos encontraron perdidos y nos trajeron aquí, donde nos han alimentado y dado de beber. La verdad es que no hemos hecho más que comer, beber y dormir desde que llegamos. Estábamos esperando que alguien escuchara el S.O.S. galáctico.

—Pues lo captamos y la verdad, temimos lo peor.

—Nos topamos con unos meteoritos radiactivos que perforaron nuestra nave y la destrozaron, pero este planeta quedaba cerca y antes de morir en el espacio sideral, conseguimos llegar hasta aquí y buscar refugio.

Por su parte, Donald no perdía el tiempo y besaba casi bestialmente a Antoinette. Había conseguido reclinarla contra una especie de sofá o triclinio que allí había.

—Eh, que os estáis pasando —les reconvino Jano.

—Déjalos, si a la chica le gusta, hay que disfrutar, ya ves lo cerca que estamos de la muerte.

—Sí, pero...

—¿Es tu chica?

—No.

—Pues ya es mayorcita y sabe lo que se hace.

Jano observó que ella cedía a las pretensiones de Donald y dio la vuelta en el asiento en que se había acomodado para no ver lo que ocurría. Antoinette era una mujer muy fogosa y cualquier cosa se podía esperar de ella.

—Donald es un tío listo, la dejará satisfecha, ya verás. Anda, Jano, tómate un vaso de esto y brindemos por el rescate que ha sido un éxito.

—Está bien. —Levantó el vaso que le ofrecía Harry.

—¡Por el rescate de los aventureros del cosmos!

Jano bebió el contenido de aquel vaso. Ladeó la cabeza y descubrió a Antoinette entregada totalmente a los deseos de Donald que, como si fuera un bestia insaciable, se había volcado sobre ella, poseyéndola.

Jano sintió asco por la situación. Quiso levantarse y protestar antes de que se consumara lo irreparable, pero entonces comenzó a sentir vahídos.

Todo giró en su cabeza, era como si sus pupilas giraran sobre un eje, cambiando de posición cuanto veían.

Se levantó de la silla, quiso avanzar unos pasos y no lo consiguió. Tuvo que agarrarse al borde de la mesa y aun así, cayó sobre los manjares, derribándolos, mientras el sentido, la conciencia, se le escapaba para sumirle en una negrura densa y viscosa en la que no quería abandonarse.

Mas su deseo era menos poderoso que lo que le envolvía y anulaba y perdió el conocimiento mientras se escuchaban gemidos, jadeos, rugidos y protestas que ya nadie iba a atender.

CAPITULO VIII

Su cabeza parecía que iba a estallar cuando abrió los ojos.

En el ambiente había una débil luz, era una luz procedente de unas antorchas que hedían de forma nauseabunda. Todo olía mal, tan mal que producía náuseas. Jano no sabía si las náuseas eran producidas por el repugnante olor o por lo mal que se encontraba.

Mascculló algo en voz baja, medio rodó sobre sí mismo y pudo oír unos gemidos. A rastras, se aproximó al lugar de los gemidos, casi sollozos, y se encontró con la nieta del profesor Van Wagen.

—¿Qué te ocurre, Antoinette?

—¡Por tu culpa, por tu culpa! —se lamentó ella.

—¿Por mi culpa, qué?

Antoinette se revolvió furiosa.

—¡Te odio, te odio!

—¿Qué diablos te pasa? No entiendo nada...

—¿Todavía tienes el cinismo de decir que no entiendes nada? Me rechazaste en la nave y luego aquí; por despecho me dejé tomar por los brazos asquerosos de Donald y ahora soy una basura. Me siento peor que una furcia.

Se quedó pensativo, desconcertado. Al fin, se medio incorporó, zumbándole todavía los oídos, y preguntó:

—¿Has dicho en la nave?

—Sí, sí. ¿Es que no te acuerdas de que te mordí?

—¿Me mordiste tú?

La sorpresa se reflejaba en la voz del hombre.

—Tú creías que se había acostado contigo esa inútil de Andrea pero fui yo, yo.

—¡Por todos los meteoros del cosmos, soy un imbécil!

—¿Y lo reconoces ahora?

—Está bien, ya sabes como pienso.

—Lo sé muy bien y lo estoy pagando muy caro.

—Porque tú has querido, nadie te pidió que te abandonaras en brazos de Donald.

—Donald es basura como nosotros. Tenías razón, hemos caído en una trampa.

Jano dejó de pensar en el problema personal de Antoinette y miró en derredor.

Se hallaban en una amplia sala subterránea que era como una gran mazmorra. El suelo estaba lleno de alimentos, como si fuera la jaula de los animales más sucios que existieran en el planeta Tierra.

Jano no descubrió ventana ni puerta alguna. Las antorchas colocadas en las paredes les iluminaban y el humo ascendía buscando alguna salida que no acertaba a ver, ya que el exterior estaba oscuro.

No tardó en recordar que se hallaban en la cara oscura de un planeta donde las tinieblas duraban más de nueve meses; quizá los nueve meses restantes los pasaran allí, en el subsuelo, aquellas mujeres que decían ser las ninfas.

Vio a Donald y a Harry tumbados sobre unos catres de hojas blancuzcas. Estaban desnudos y respiraban profunda y pesadamente, a Jano le parecieron cerdos embotados. Cerca de ellos había alimentos a medio consumir.

—¿Qué es esto?

—Nuestra cárcel.

Jano buscó su fusil y comprobó que no estaba. Tras hacerle beber la pócima narcotizante, le habían desarmado.

Llamándose idiota a sí mismo por dejarse atrapar en aquella burda encerrona cuando había sospechado que la enigmática mujer podía hacerles caer en una trampa, Jano se aproximó a Donald.

Le irritó su sucia desnudez. Era como si se hubiera convertido en un animal de granja, dejando de ser un hombre inteligente.

Descubrió entonces que tenía varias heridas circulares sin cerrar del todo, heridas rojizas por las que no manaba sangre, pues estaban cubiertas con un ungüento pastoso que impedía que Donald se desangrara.

Aquellas heridas las tenía en varios puntos de la espalda y cuello, donde correspondía a las venas carótidas.

—¡Donald, Donald!

Lo sacudió. Como respuesta farfulló cosas ininteligibles y alargó su mano tanteando el suelo hasta coger una fruta mordida a medias Se la llevó a los labios, arrancándole pedazos de pulpa que mordisqueó y tragó sin llegar a abrir los ojos. Estaba como narcotizado, sólo comía y dormía y engordaba como un puerco.

Jano se acercó entonces a Harry, también desnudo y sucio, con heridas en la espalda, en el cuello y el vientre. Tenía los ojos

semiabiertos y su expresión era algo idiotizada.

—Harry, Harry, ¿me oyes?

—Sí, sí te oigo.

Se inclinó más hacia él.

—¿Qué es lo que te pasa?

—Son hematófagas.

—¿Hematófagas, dices?

—Sí, se alimentan de sangre. Si tuviera valor, me suicidaría. Estamos atrapados en sus mazmorras. Nos alimentan para que no muramos, para que engordemos, para que fabriquemos sangre.

—¿Estás loco, Harry?

Harry soltó entonces una carcajada larga y psicopática, una carcajada que retumbó contra las paredes de la enorme mazmorra, sucia y hedionda.

—Tranquilízate, Harry, escaparemos de aquí.

—No escaparemos jamás, jamás, son muy astutas.

—¿Quiénes son muy astutas, quiénes?

—¿Es que todavía no lo sabes?

—¡No! —le gritó, ya molesto.

—Las mosquitos gigantes.

—¿Qué dices? ¿Te han perturbado con algún alucinógeno?

—Es posible que esté alucinado por alguna droga, es posible. Si puedes, escapa o te convertirás en un animal doméstico como Donald y como yo, animales productores de sangre, eso es lo que somos para ellas. Como las vacas que nos proporcionan leche en la Tierra, sólo que nosotros las ordeñamos y esos mosquitos gigantes penetran en nuestros cuerpos con sus aguijones para chuparnos la sangre. Pero son muy astutas y no nos dejan totalmente sin sangre porque moriríamos. Ellas saben cuándo deben retirar su aguijón para que sigamos vivos, para que alimentándonos de nuevo volvamos a producir sangre que es su alimento. Han entrado y salido de aquí tantas veces como han querido sin que nosotros pudiéramos hacer nada por escapar o evitar que nos chuparan la sangre. Creo que a las mosquitos ya fecundadas se les da el privilegio de succionar nuestra sangre para que puedan parir millares de larvas en las charcas que tienen en el subsuelo de este planeta.

A Jano le parecía estar escuchando algo fantástico, increíble, algo que no podía ser verdad; sin embargo, los gritos de Antoinette

le centraron en la horrible realidad.

—¡No quiero servir de alimento a mosquitos gigantes, no quiero!

—Yo tampoco, Antoinette, tranquilízate.

—Si no escapáis, no podréis evitarlo. Son muchas y poderosas y su aguijón es más afilado que una aguja hipodérmica al acero titanio. Lo clavan dentro de nuestros cuerpos sabiendo muy bien dónde están nuestras arterias. Ven como a través de nuestra piel, tienen visión infrarroja.

Las heridas que Donald y Harry mostraban en sus respectivos cuerpos corroboraban cuanto Harry explicaba, por increíble que pareciera.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí.

—Espera, Harry, espera, haz memoria. Cuando llegamos aquí, dijiste que las ninfas os habían acogido.

—Cuando entrasteis en la mazmorra, cuando os trajeron junto a nosotros, ya te dije que ellas eran mosquitos gigantes, hematófagas.

—No, no me dijiste eso —replicó Jano.

—Sí, pero sé bien lo que te ocurrió, venías como hipnotizado.

—¿Hipnotizado? No, no puedo creerlo.

—Ellas son muy inteligentes, Jano, eso es lo peor de todo, son inteligentes y astutas. Tienen un poder mental superior al nuestro. Al principio, ellas mismas no conocían esta superioridad por su parte.

Antoinette lanzó un chillido y comenzó a gemir después, convulsionándose.

Jano tuvo intención de ir a consolarla. Pese a lo que le había sucedido con ella, sentía la necesidad imperiosa de ayudarla en su dolor, en su espanto, pero su razón le indicaba que debía seguir interrogando a Harry, pues éste podía caer en un sopor cretinizante como el que ya había invadido la mente de Donald, que se comportaba como un animal.

Y como un animal debía haber poseído a la aterrorizada Antoinette que se hallaba sentada en el suelo, encogida sobre sí misma, escondiendo el rostro entre los muslos y rodeando las rodillas dobladas con sus brazos, empapando su sexo con sus propias lágrimas.

Harry, ¿cómo pude creer que casi entraba en un palacio lleno de

fuentes, un lugar muy hermoso donde tú y Donald estabais encantados comiendo cuanto queríais y protegidos por las que tú llamabas ninfas?

—Ellas no tienen tecnología pero son inteligentes y con su poder mental captan nuestros pensamientos. Son capaces de hacernos creer lo que no existe. Han descubierto cómo sentimos dolor y también cómo experimentamos placer. Ahora, cada vez que vienen a sacarnos sangre, nos hacen creer que son mujeres hermosas que van a ser amadas por nosotros. Te juro que casi sentimos el orgasmo sexual y todo es mentira, mentira... —Las lágrimas saltaron de sus ojos—. Mientras creemos que son ellas las poseídas, su repugnante y maldito aguijón nos saca la sangre y nos deja exhaustos, sin fuerzas, pero no dan alimentos rápidamente para que volvamos a fabricar sangre. Son mosquitos gigantes, diabólicamente inteligentes, y nos han tomado como proveedores. No escaparemos de aquí jamás. Menos mal que mientras se alimentan con nuestra sangre no duele y al terminar babean una sustancia pastosa que cubre nuestras heridas para que no sigamos sangrando, igual que los mosquitos terrícolas anofeles, aedes y el culex común, pero aquí gigantes y diabólicamente inteligentes. Ojalá no hubierais venido, ya no hay escapatoria.

—¡Sí, sí, tiene que haberla! —gimió Antoinette, que escuchaba sin levantar la cabeza. .

En aquel momento oyeron un rumor sordo, también un roce muy fuerte.

Buscaron con la mirada y Harry, por propia experiencia, les dijo:

—Ahí viene. Pronto seréis dos animales productores de sangre como Donald o como yo. Os desnudarán y quedaremos aquí como cerdos en una pocilga para que ellas no tengan problema alguno cuando se acerquen a chupamos la sangre.

Unas patas largas, muy largas, quebradizas en apariencia pero muy resistentes, estaban retirando una roca que actuaba como tapón de aquella mazmorra en la que habrían de ir perdiendo su sangre los terrícolas capturados.

—¡Harry, ayúdame y las atacaremos!

—Imposible, nos han desarmado. Nosotros matamos a varias, las convertimos en bolas de fuego y aprendieron que temamos poderes de los que debían cuidarse. Por eso nos han desnudado, para que

seamos sólo animales. A ti te quitaron el fusil mientras te tenían narcotizado. Ahora te succionarán la sangre, te debilitarán, y cuando vuelvas a despertar, serás un animal que les proporcionará sangre. —Se rió sardónico mientras veía las patas de la mosquito gigante que ya se internaba en la gran mazmorra subterránea—. Les gusta nuestra sangre, Jano, han descubierto que para ellas es más rica y sabrosa que la de los otros animales que tienen en mazmorras similares a ésta.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo han dicho ellas telepáticamente. Somos su plato favorito, especial para las recién fecundadas.

—¡No, yo no! —gritó Antoinette, cuando la roca ya había sido desplazada y aparecía una mosquito gigante con su aguijón y su cabeza en la que brillaban los ojos rojos, inquisitivos.

Jano no lo pensó más y corrió hacia ella. Sólo tenía sus manos, pero lucharía. No dejaría que le convirtieran en un animal proveedor de sangre.

CAPITULO IX

Jano no consiguió llegar junto a la diabólica mosquito que había ido a verles.

Esta aleteó y zumbó ruidosamente mientras colocaba su terrible aguijón por delante.

Jano sabía que si el aguijón se clavaba en su cuerpo, estaba perdido. Le succionaría la sangre con violencia para debilitarle rápidamente. Podían haberlo hecho ya mientras permanecía inconsciente, pero posiblemente se habían abstenido porque no era de su agrado que contenía el narcótico que debía de pasar a su propio organismo, lo cual rechazaban.

Mientras Antoinette chillaba de terror, pegada a la pared opuesta, Jano luchaba contra la mosquito gigante que, armada con su aguijón y sus terribles patas puntiagudas, le obligaba a retroceder.

Sin embargo, Jano consiguió agarrarle el aguijón y no la soltó.

El insecto gigante, sin dejar de zumbar y aletear, apoyó sus patas en Jano y en la pared, pues como insecto que era, tenía seis patas.

Hizo fuerza para liberar su aguijón atrapado por las manos de Jano, mas éste se hallaba dispuesto a no soltar a su presa y lo que hizo fue agarrarla entonces con las dos manos y doblar el aguijón como si fuera una barra de hierro.

Lo dobló tanto que pese a la flexibilidad del aguijón, consiguió romperlo muy cerca de la cara, lugar donde era más duro pero también menos flexible.

El zumbido de la mosquito gigante fue ahora ensordecedor.

Antoinette tuvo que taparse las orejas para no oírlo. Ella era incapaz de luchar como acababa de hacer Jano, que había mutilado a la bestia hematófaga.

Harry, gordo de alimentarse pero débil por las repetidas succiones, no actuó. Donald continuaba sumido en el sopor que le había bestializado.

Durante la pelea habían entrado otras mosquitos gigantes y Jano comprendió que con sólo su fuerza física no podría contra todas, en especial al ver que cuatro de las mosquitos avanzaban hacia él con el aguijón por delante mientras dos acorralaban a Antoinette contra la pared.

La muchacha se debatía, tratando de impedir que aquellos aguijones se clavasen en su cuerpo, que ella siempre había considerado hermoso y delicado.

—¡No, no, haré lo que queráis, pero no me clavéis el aguijón, no! —chilló la joven.

Las mosquitos, como obedeciendo a una orden, se mantuvieron quietas, no avanzaron más.

En la puerta de la cueva apareció la mujer que habían encontrado Jano y Antoinette y que les condujera a aquella celda-pocilga en la que pretendían confinarles para siempre.

—Terrícolas, sois muy belicosos —les dijo, telepáticamente.

Acosado por cuatro aguijones, sin poder escapar de una hendidura que había en la pared y en la que prácticamente quedaba encajado, Jano replicó:

—Nos defendemos.

—Es inútil, estáis en nuestro poder.

—¡Vendrán nuestros amigos a salvarnos y os destruirán! —gritó Antoinette, no muy convencida de que su amenaza fuera a hacerse realidad.

—¿Qué amigos? —preguntó la mosquito gigante, con una apariencia similar a la de los terrícolas, aunque Jano ya sabía que aquello era sólo una ilusión óptica, una astucia por parte de aquel insecto para que ellos no la temieran.

—Nuestros compañeros están esperando en una nave y bajarán a buscamos, lo mismo que nosotros hemos venido a salvar a Donald y a Harry.

Jano comprendió el peligro que corrían; en su terror, Antoinette estaba hablando demasiado.

—¡Cállate, Antoinette, cállate!

Ya era demasiado tarde. La que se hacía llamar ninfa, clavó sus pupilas rojas en Antoinette y le preguntó:

—Si les llamas, ¿acudirán a salvaros?

—No respondas, Antoinette. Ellas quieren que vengan más terrícolas porque así tendrán más ganado terrícola a quien chupar la sangre.

—Te he preguntado si ellos acudirán a salvarte si les llamas —insistió la ninfa.

—Jano, no sé, no sé qué hacer, tengo miedo, tengo miedo, no

quiero que me chupen la sangre, no quiero —balbució Antoinette.

—No temas, hembra terrícola, tú puedes salvarte si colaboras.

—¡No le hagas caso, Antoinette, miente, miente! —le gritó Jano.

Harry, en su catre de hojas blancuzcas, se rió como enloquecido.

—No hagas caso al macho terrícola, nosotras somos las que decidimos. Si colaboras, tú te salvarás.

—¿Me dejaréis escapar?

Jano comprendió que Antoinette cedía. El terror la atenazaba y sólo buscaba la forma de escapar.

—Si te dejamos marchar, otras bestias que existen en este planeta te devorarán. Tú podrás convertirte en la cuidadora de los demás, les darás de comer y a ti no te sucederá nada.

—Antoinette, cuando hayan terminado con nosotros, te succionarán a ti también, ellas sólo quieren nuestra sangre. Son astutas, te mienten, es otra encerrona.

—No quiero servir de alimento a esas bestias, Jano, no quiero, compréndelo.

—Si haces caso al macho terrícola, tú serás la primera en ser succionada, ahora mismo. Te quitaremos tanta sangre que no podrás levantarte y quedarás tendida como Donald y Harry, alimentándote en el suelo. Cuando te recuperes, volveremos a alimentarnos con tu sangre.

—Jano, no puedo hacer otra cosa… —gimió la joven.

—Sí puedes, resiste.

El aguijón de una de las bestias se acercó al abultado y hermoso seno de Antoinette, apuntando entre aquellos provocativos pechos de los que se sentía tan orgullosa.

—¡Tengo miedo, Jano, tengo miedo!

—Tu sangre será apetecible, hembra terrícola —dijo la llamada ninfa.

Antoinette notó que el aguijón comenzaba a pincharla y gritó:

—¡Diré lo que queráis!

El aguijón se retiró. La ninfa dijo:

—Dirás a tus compañeros terrícolas que vuelan tan alto que se hallan junto a las estrellas, que bajen, que aquí serán bien recibidos.

—Sí, sí, se lo diré.

—¡No, Antoinette, no hagas eso, es nuestra única posibilidad de salvación!

—Lo siento, Jano, lo siento.

La ninfa ordenó entonces a Antoinette:

—Sal de la cueva.

Antoinette obedeció. Las mosquitas protegieron su salida retrocediendo ellas también mientras vigilaban atentamente a Jano, que había conseguido mutilar a una de ellas con sus manos desnudas.

Abandonaron todas la cueva.

Jano quiso impedir que volvieran a colocar la roca que servía de tapón, mas no lo consiguió, ellas tenían más fuerza física que él.

Forcejeó con la piedra sin lograr moverla.

Harry, que seguía consciente aunque ya no tenía voluntad, posiblemente porque al tiempo que le succionaban la sangre le inyectaban ponzoña, musitó:

—Te lo he dicho, Jano, nada podemos contra ellas.

—¡Tiene que haber alguna forma de vencerlas!

—Es inútil, hemos caído en sus manos o, mejor, en sus patas, en sus aguijones asesinos que nos sacan la sangre con más precisión que si fueran médicos terrícolas porque buscan las venas y saben encontrarlas. Y lo que es peor, no nos matan porque saben que podemos servirles de alimento para muchas veces; basta con que nos echen comida como si fuéramos cerdos dentro de una pocilga. No me extrañaría que también fueran lo suficientemente astutas como para intentar nuestra reproducción.

—¿Quieres decir que tratarán de que Antoinette sea fecundada?

—Ya lo han intentado, ¿no? ¿Es que no te diste cuenta? ¡Está bien claro!

—Sí, pero todo estaba tan turbio…

—Lo que ellas ignoran es que nuestra reproducción es larga, lenta, difícil. No somos como ellas que, una vez fecundadas, sueltan sus larvas, aunque supongo que tendrán algún mecanismo de control; pues, de lo contrario, llenarían toda la superficie del planeta.

—¿Algún mecanismo de control?

—Sí, porque si se reprodujeran a la misma velocidad que los mosquitos de la Tierra, no tendrían suficiente alimento con los animales que pueda haber en este maldito planeta en el que hemos venido a parar.

—Un mecanismo de control puede ser que sólo sean fecundadas las escogidas y en un número muy controlado.

—Sí, deben hacer su selección de especie; de lo contrario sucumbirían.

—Si consiguiéramos salir de aquí… —Jano se oprimió las sienes con las manos—. En alguna parte deben de tener el criadero, las charcas donde están sus larvas hasta que llega la metamorfosis y salen volando.

—No encontrarás jamás esa charca porque no te dejarán salir de aquí. Ya deberías estar debilitado, sin sangre, pero su interés por atraer a más terrícolas ha hecho que se posponga la extracción, tu iniciación para convertirte en un animal productor de sangre como ya somos Donald y yo.

—¡Me defenderé aunque sea a puñetazos! —rugió Jano, lanzando una mirada hacia la enorme roca que taponaba la salida y que no había logrado mover.

CAPITULO X

El profesor Van Wagen, tras comprobar que los datos que tenía no eran erróneos, se sintió excitado.

Abandonó el habitáculo en el que instalara todos sus complicados artilugios electrónicos y fue a reunirse con Panatta y Michael. Cerca de ellos estaba Andrea.

—Hay otra nave próxima a nosotros.

Los tres le miraron, interrogantes e incrédulos.

—¿Está seguro de lo que dice, profesor? —le preguntó Michael.

Por su parte, Panatta le hizo observar:

—No hemos detectado naves en este planeta, ni siquiera actividad tecnológica

—La nave que he detectado no creo que pertenezca a este planeta.

—¿Supone que se trata de una nave terrícola? —preguntó Panatta.

—Posiblemente.

—Ahora lo averiguaré —dijo Panatta.

Andrea, Michael y el profesor observaron cómo Panatta manipulaba en el panel de telecomunicaciones, abriendo varias bandas. Luego, lanzó su voz al espacio en forma directa, agresiva.

—Atención, atención, aquí Sky-Delta. Sabemos que estáis ahí, os hemos detectado. Será mejor que respondáis o creeremos que tratáis de atacamos.

Hubo un período de silencio. Todos se pusieron en

tensión. Al fin, se abrió uno de los canales receptores y se escuchó una voz que hablaba su lengua..

—Mensaje recibido. No disparen, somos amigos.

—Identifíquense —exigió Panatta.

—Aquí nave Sirocco-227.

—¿Sirocco dos dos siete? —repitió Panatta, perplejo—. Esa nave es de Bon-doc.

—Exactamente. ¿Eres tú, Jano?

—No, soy Panatta. Jano está en el planeta. ¿Qué buscáis aquí?

La voz del interlocutor cambió, era distinta.

—Soy Bon-doc en persona.

—Vaya, mis saludos efusivos al ***gánster*** de la galaxia.

—No te hagas el gracioso, Panatta, te conozco bien. ¿Es cierto que Jano está en el planeta o es uno más de vuestros trucos?

—No se trata de ningún truco, Bon-doc, y lo que nos parece es que nos habéis seguido hasta aquí.

—El cosmos es libre, cada cual puede viajar en la dirección que prefiera mientras tenga nave y permisos para hacerlo, y yo lo tengo todo en regla.

—Bon-doc, si crees que hemos descubierto una mina de super-diamantes, esta vez te equivocaste, has hecho el viaje inútilmente.

—No me he equivocado, sé lo que busco —replicó Bon-doc, suficiente.

—Supones que Jano ha hallado un yacimiento y nos has venido siguiendo —dijo Panatta—, pero sólo hemos venido a rescatar a dos amigos.

Bon-doc se rió, eficiente.

—Si crees que vas a engañarme con una historia tan burda, te equivocas. Jano no hubiera hecho un viaje tan largo.

—Jano no abandona a sus amigos perdidos en el espacio.

—Si hubiesen estado perdidos, no habría servido de nada venir hasta aquí. El tiempo de viaje habría sido más que suficiente para que desaparecieran.

—Jano no ha pensado igual.

—Sabemos que Jano ha descendido al planeta para investigar. No vais a engañarme y, si algo interesante hay en este planeta, lo repartiremos a medias.

—Tu órbita debe estar demasiado lejana, Bon-doc. Si estuvieras más cerca detectarías la nave Phenix siniestrada por unos meteoros radiactivos.

—De modo que es material radiactivo lo que habéis descubierto… Puede ser un yacimiento muy fructífero ahora que vamos mal de yacimientos radioenergéticos.

Panatta dio vuelta al conmutador y cerró la comunicación sin más. Miró a sus compañeros y dijo:

—Es inútil, Bon-doc está convencido de que hemos descubierto un yacimiento importante.

—¿Por qué? —preguntó el profesor Van Wagen—. Si le has dicho que hemos venido a rescatar a dos cosmonautas en apuros…

—No se lo cree. Bon-doc es un ***gánster*** del espacio, un pirata del

cosmos. Le ha pedido en varias ocasiones a Jano que trabaje, que investigue el universo para él, pero Jano siempre se ha negado porque conoce los métodos de Bon-doc.

—Dejémosle, ya se convencerá por sí mismo —opinó Van Wagen.

—En absoluto —respondió Panatta—. Va a sacar espuma entre los colmillos cuando compruebe que, efectivamente, hemos venido hasta aquí para salvar a Donald y a Harry y que el S.O.S. galáctico no era ningún truco, ninguna llamada en clave para que acudiéramos hasta aquí mismo.

—Mientras no se les ocurra cometer ninguna estupidez al comprobar que han hecho el viaje en balde —gruñó Michael.

—¿Y si le comunicamos a Jano lo que ocurre? —preguntó el profesor.

—Sí, será lo mejor, pero cuando él se comunique con nosotros, ahora estamos a la espera. Ya saben que se fueron siguiendo el rastro de Donald y Harry.

—Llevan demasiado tiempo tras ese rastro, ¿no les

parece? —interrogó Andrea, en tono suficiente y sarcástico.

—Es cierto. ¿Temes que les haya sucedido algo? —preguntó Panatta.

—¿Qué les puede pasar a un hombre y a una mujer jóvenes que tardan demasiado tiempo en dar señales de vida?

El profesor torció el gesto.

—¿Qué trata de decir de mi nieta?

—Imagíneselo, a lo peor no es tan santita como usted supone. A mí me mordió en la mano; cuando se la contradice se pone muy furiosa.

—Eso no es cierto.

—¿Ah, no, y esta mordedura que tengo quién me la ha hecho?

Michael y Panatta se miraron entre sí, interrogantes. El profesor Van Wagen quedó desconcertado.

—No puede ser que Antoinette le haya hecho eso.

—Hay mosquitas muertas que engañan —silabeó la multimillonaria Andrea.

Panatta, guasón, rezongó:

—Pues si las mosquitas estuvieran vivas, no sé qué serían capaces de hacer, quizás hasta chuparnos la sangre a todos.

—Jano es todo un caballero cosmonauta, cuando viaja no se

mete en líos amorosos.

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir en el espacio —replicó Andrea, dispuesta a no dejarse vencer en aquella pelea dialéctica que ella misma iniciara con deseos de herir, pues se sentía despechada.

—No le haga caso, profesor, es que se está poniendo celosa —objetó Panatta, encogiéndose de hombros.

—Jano llamará de un momento a otro para decimos que ya ha encontrado a Donald y a Harry —puntualizó nervioso el profesor Van Wagen.

Panatta añadió:

—Lo malo es que Bon-doc también captará la señal.

—Eh, el piloto rojo se enciende, ya está ahí la llamada —indicó Michael.

Panatta abrió la telecomunicación.

—Sky-Delta a la escucha.

—Soy Antoinette. ¿Me oís bien?

El profesor Van Wagen miró a Andrea con gesto arrogante.

—Ahí está mi nieta.

—Sí, ya la he oído y parece un poco nerviosa. A lo mejor, para ella, está algo fatigada.

—Es usted despreciable.

—Si el insultarme le consuela...

—Silencio, por favor —pidió Panatta—. Antoinette, ¿me oyes? Soy Panatta.

—Sí, te oigo bien.

—¿Dónde está Jano?

—Con Donald y Harry.

—ˆLos habéis encontrado vivos?

—¿Están bien?

—Sí.

—¿Vais a subir a la órbita?

—No, Jano me ha pedido que os diga que bajéis a recogemos, ha descubierto algo maravilloso.

—¿Maravilloso? —repitió Panatta, expresando el interés de todos, aunque Andrea se atrevió a observar:

—A lo mejor sólo es maravilloso para ella.

—Antoinette, Antoinette, ¿qué es lo que habéis descubierto?

—Es una sorpresa que Jano quiere daros, descended.

—¿A qué punto?

—Espera, Panatta —le objetó Michael.

—¿Qué quieres?

—¿Por qué no nos da la orden el propio Jano?

—Ya has oído a Antoinette, dice que está con Donald y Harry.

—Antoinette, soy tu abuelo. ¿Todo bien?

—Sí, abuelo, todo bien. Jano os espera. Os voy a dar las coordenadas.

Las coordenadas quedaron grabadas y no se volvió a oír la voz de Antoinette.

—¿Qué puede ser lo maravilloso que han descubierto? —se preguntó Panatta.

—Pronto lo sabréis. A mí, por supuesto, me importa muy poco, yo no participo en vuestros negocios, tengo los míos propios y más rentables.

—Pues si estabas tan ricamente, ¿para qué te metías en la nave? —le preguntó Michael.

—Una tontería cualquiera puede hacerla.

—Atención, hay que prepararse para entrar en la atmósfera del planeta cuatro.

La Sky-Delta inició la maniobra para su entrada en el planeta cuatro abandonando la órbita en que permaneciera durante horas y horas. No muy lejos, sólo a unos miles de kilómetros, Bon-doc daba la orden en su nave.

—Debemos descender al planeta cuatro junto a la nave de Jano. Hay que averiguar qué es eso tan maravilloso que han descubierto.

CAPITULO XI

—¡ Harry! —Jano le cogió por los cabellos y le sacudió la cabeza —. Hemos cruzado varios sistemas estelares para venir a socorreros, estamos aquí por vuestro S.O.S. galáctico. ¿Lo comprendes?

—Sí, lo comprendo y Donald y yo os damos las gracias, pero ¿de qué sirve si vamos a convertirnos en vacas sangrables?

—Harry, ya no tengo más paciencia, tienes que moverte; haz un esfuerzo,

—¿Para qué?

—Para escapar de aquí.

—Es imposible, ya lo sabes.

—No es imposible.

—Sí lo es. ¿Cómo ibas a escapar?

—Mira, mira esto.

Jano le mostró lo que tenía en la mano.

—Sí, ya veo, es el aguijón que has conseguido romper a una de esas diabólicas mosquitos que nos hacen ver las cosas diferentes de como son, para que nos metamos nosotros solos en sus mazmorras.

—Me servirá de arma, es como una espada.

—No seas iluso, ellas son muchas.

—Sean las que sean. Somos terrícolas, no animales domésticos. Si hay que luchar, será hasta la muerte. Vamos, Harry, ayúdame, con Donald ya veo que no puedo contar.

—Él ha caído del todo y nosotros le seguiremos.

—Harry, si no me ayudas, aunque haya venido de tan lejos para salvarte, te juro que te ensarto con este aguijón que me sirve de espada.

—Mátame, ya que no tengo el valor de suicidarme.

Jano le dio un puntapié en el costado.

—Sí, te mataré, pero a golpes. ¿Dónde está tu hombría de terrícola, es que vas a dejar que todos quedemos aquí atrapados?

De nuevo cogió a Harry por los cabellos y así lo arrastró hasta la entrada. Una vez allí le pidió:

—Ayúdame a mover la piedra. Si luego te quieres quedar aquí, haz lo que te salga de los cojones.

Harry se vio obligado a ayudar a Jano. Al principio no pudo demasiado interés, pero cuando Jano le dijo:

—¡Vamos, vamos, que ya se mueve!

Harry puso más de su fuerza mientras Jano sudaba, pero no aflojaba en el empeño.

La piedra se hallaba muy mal colocada para poder moverla desde el interior de la mazmorra, pero Jano estaba dispuesto a salir, costase lo que costase.

Milímetro a milímetro al principio, fueron desplazando la piedra que servía de puerta hasta que lograron retirarlo lo suficiente para poder pasar por ella.

—¿Lo ves, Harry? ¡Lo hemos conseguido!

—Pero ellas estarán afuera.

—Quédate aquí si tienes miedo, deja que vengan a por ti cada vez que les apetezca chupar tu sangre.

Mientras Harry vacilaba, Jano se acercó a Donald y, pese a sus precarias condiciones, se lo cargó sobre los hombros. Asió el aguijón que le serviría como arma y anduvo hacia la salida.

— ¡Eh, espera, voy contigo! —exclamó Harry, ya decidido al ver como Jano se arriesgaba por salvar a quienes consideraba sus amigos.

—Coge una antorcha, nosotros no tenemos visión infrarroja como esas malignas.

Abandonaron la hedionda cárcel y avanzaron por una amplia galería.

Llegaron a una especie de puente que se elevaba por encima de un lago subterráneo, el agua caía de las paredes. Harry iluminaba con la antorcha aquel siniestro lugar y Jano le hizo observar:

—Aquí están las crías, fíjate en esa especie de serpentinas que se agitan.

—Sí, ya las veo.

—Son las ninfas de mosquito. Las hembras ya fecundadas vienen aquí a depositar sus larvas.

De pronto, dos de las ninfas se transformaron y aparecieron dos mosquitos recién nacidos a la vida que se alzaron en vuelo sobre las aguas. Se fijaron de inmediato en los terrícolas y, aun sin saber quiénes eran, se abalanzaron sobre ellos.

—¡Defiéndete, Harry! —gritó Jano.

Uno de los insectos voló hacia Harry, que le pasó la antorcha por delante, lo que hizo que la mosquito atacante se elevara, furiosa.

Jano tuvo que soltar a Donald para hacer frente a la mosquito que le cortaba el paso con su terrible aguijón.

Jano manejó su improvisada arma mientras esquivaba el aguijón de aquel insecto hembra gigante que necesitaba afianzar sus patas para clavar mejor su aguijón al que ya consideraba su presa.

Jano esquivó uno de los ataques. Se introdujo entre las patas de la bestia y la ensartó en el cuello.

Por su parte, Harry vio cómo la mosquito hembra que le había atacado a él cambiaba de presa y caía sobre Donald, que, incapaz de defenderse, sentía cómo se hundía en su cuerpo el terrible aguijón.

Harry acercó la antorcha que blandía a las alas del insecto que se inflamaron con rapidez, y la mosquito gigante cayó desde aquel puente natural a la charca, pero llevándose consigo al inerte Donald.

Cuando Jano retiraba el aguijón que le servía de espada de la mosquito atravesada, empujó a ésta de nuevo hacia la charca de la que había salido, mas para Donald ya era demasiado tarde.

—No he podido hacer nada, Jano, te lo juro.

—Sigamos.

Avanzaron de nuevo, alejándose de la charca antes de que nuevas crisálidas metamorfoseadas lograran elevar el vuelo.

Se encontraron en un distribuidor de galerías. Harry miraba a todas las bocas de túnel y preguntó a su amigo:

—¿Qué hacemos?

—Escoger una.

—¿Cuál?

—Acerca la antorcha al suelo.

—¿Para qué, qué puedes encontrar?

—Huellas.

—¿De quién?

—Mías. Por alguno de estos túneles debí pasar cuando estaba sugestionado, creyendo que este inmundo nidal de mosquitos era una especie de palacio acogedor. Todo un maldito espejismo que me hicieron creer las mentes poderosas de esas hembras chupadoras.

Harry acercó la antorcha al suelo mientras vigilaba con temor las bocas de las galerías, temiendo que en cualquier instante aparecieran por ellas las temibles mosquitos del planeta cuatro.

—Mira, aquí están las huellas.

—Es cierto.

—Salgamos por ese túnel.

Avanzaron por el túnel que era amplio; las mosquitos debían de pasar por allí medio volando para ir más aprisa.

—Mira, Jano, una piedra como la que nos encerraba a nosotros. ¿Habrá una mazmorra detrás?

—Es posible.

—¿La abrimos?

—¿Y si detrás hay otros insectos que nos atacan?

—Tienes razón, salgamos.

—Sin embargo, veamos qué puede ser esto.

Hicieron el esfuerzo de mover la piedra, pero Harry lanzó un alarido al ver aparecer una larguísima pata filtrándose por la ranura que acababan de abrir, una pata que le rozó la cara.

—¡Jano!

Jano soltó la piedra, pero la bestia que se hallaba al otro lado de la piedra, tan capturada como lo estuvieran los terrícolas, pugnaba por escapar.

—¡Vámonos de aquí!

—Si eso que hay detrás consigue apartar la piedra como hemos hecho nosotros, ya no sé qué será peor.

Corrieron por la galería cuatro mosquitos que semejaban montar guardia a la puerta de su nidal para que ningún otro insecto extraño pudiera introducirse allí sin su control.

Las mosquitos se elevaron y revolotearon, zumbando amenazadoras.

Mientras en una mano sostenía el aguijón, con la otra recogió Jano una piedra y la lanzó, con tal puntería sobre una de las mosquitos, que le dio en la cabeza.

Harry se liberó de otra de ellas acercándole la antorcha al propio aguijón, lo que la hizo retorcerse de dolor. Harry aprovechó para quemarle las alas. Mas ya otra mosquito se lanzaba sobre su espalda. Jano lo observó y la atravesó entre las alas.

La cuarta mosquito se sintió confundida al ver caer a tres de sus compañeras. Trató de huir, pero Jano, comprendiendo lo que iba a suceder, le arrebató la antorcha de la mano y la lanzó por el aire sobre las alas de la fugitiva, incendiándola.

La vio caer quemándose las alas, retorciendo espasmódicamente sus patas en una agonía mortal.

—¿Lo ves, Harry? Hemos conseguido salir del nidal, sólo había que proponérselo.

—Sí, hemos salido y me parece increíble. Aquí se respira de otra forma.

—Claro que sí, aquí afuera no hay la putrefacción de restos de animales y alimentos que hay dentro.

—¿Hacia dónde vamos ahora?

—Una vez más, busquemos las huellas. Lástima que no tenga mi fusil incinerante.

Harry, que había recuperado la confianza en sí mismo, respondió:

—Tenemos la antorcha que todavía no se ha apagado y tu espada improvisada.

—Pues, adelante, Harry, hay que llegar a nuestra nave antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y la chica?

—¿La chica? No sé, sigamos.

CAPITULO XII

La Sky-Delta descendió sobre el lugar que se le indicara No muy lejos se hallaba la pequeña nave empleada por Jano y Antoinette.

Liberando una gran cantidad de energía por los retro- cohetes para conseguir posarse suavemente, la Sky-Delta quedó quieta no muy lejos de donde descendía la nave de Bon-doc, el ambicioso ***gánster*** galáctico que pensaba aprovecharse de algún yacimiento descubierto por Jano al que consideraba más capaz que él mismo.

Cuando las dos naves quedaron inmóviles, desde la cabina de pilotaje, Panatta dijo:

—Ese Bon-doc merecería una lección.

—Se os ha adelantado —observó Andrea, viendo a través de una de las ventanas como la nave Sirocco-227 abría su portezuela y por ella salían varios hombres.

—¿Qué creerá que va a encontrar aquí ese imbécil de Bon-doc? —masculló Panatta.

El profesor Van Wagen inquirió:

—¿Qué hacemos?

—Salir, pero hay que armarse, los hombres de Bon-doc son capaces de atacar a Jano con tal de quedarse con lo que creen un yacimiento importante.

—Panatta, Michael, ¿me oís?

—Es mi nieta —exclamó el profesor reconociendo la voz que les llegó con claridad.

—Antoinette, ¿dónde está Jano? —preguntó Panatta.

—Con Donald y Harry. Bajad de la nave, os estoy esperando junto a la pequeña nave transbordadora.

—Esperad, hay alguien más con ella —objetó Michael, mirando directamente por la ventana.

—Sí, ya veo, es una mujer —dijo el profesor Van Wagen.

—Antoinette, Antoinette, ¿me oyes? —llamó Panatta.

—Sí, te oigo.

—¿Quién es la mujer que está junto a ti?

—Es una habitante de este planeta. Ella y sus hermanas son las que dieron cobijo a Donald y a Harry cuando iban a morir de hambre.

—Está bien, dale las gracias de nuestra parte, son gente amiga.

Ahora bajamos, pero tened cuidado con Bon-doc.

El profesor, excitado, dijo:

—Estoy ansioso de ver lo que han descubierto.

—Todos vamos a ver lo que han descubierto —asintió Michael.

—Yo no —objetó Andrea—. Me quedo aquí, no tengo ningún deseo de descender a ese planeta que me parece horrible, con tanta noche y un día tan largo y abrasador.

—Está bien, Andrea, haz lo que quieras, nosotros vamos a bajar —dijo Panatta.

Los tres descendieron de la nave. Abajo estaba Bon-doc, un sujeto con rostro de terrestre oriental. A su alrededor, armados, llevaba a varios hombres.

—¡Antoinette, Antoinette, no hagas caso a Bon-doc! —le gritó Panatta.

—Antoinette, nosotros somos amigos de Jano, ya lo verás —le decía Bon-doc que se había adelantado—. Haremos grandes negocios juntos. Preséntanos a la ninfa, ¿no es así como la has llamado?

Antoinette estaba visiblemente nerviosa al lado de la mujer alta y delgada, de ojos rojos.

Junto a ellos llegaron también Panatta, el profesor Van Wagen y Michael. La ninfa les escrutó a todos con sus grandes pupilas rojas.

—Llévanos hasta Jano —le pidió Bon-doc.

—Aguarda, Antoinette —la atajó Panatta—. Quizá Jano no desee ver a Bon-doc.

—Cuidado, Panatta, no te interfieras en mi camino —silabeó el oriental.

—Si hay algún descubrimiento interesante, pertenece a Jano y no a ti, Bon-doc —puntualizó Michael.

—Estamos ofreciendo un deplorable espectáculo a la habitante de este planeta —objetó el profesor Van Wagen, incómodo ante lo que parecía una lucha inminente.

—No le voy a quitar nada a Jano —dijo Bon-doc—, pero podemos asociarnos.

Panatta replicó:

—Nadie te pidió que vinieras.

—Cuando se captan mensajes o se averigua que un tipo como Jano decide partir inmediatamente con su nave, uno piensa que debe ser por algún motivo importante, y si hay un pastel,

repartámoslo como buenos amigos, seguro que habrá para todos.

—Sí, para todos, seguidme —dijo entonces la ninfa, no con su voz sino con un mensaje telepático que fue captado por todos.

Andrea se había quedado en la nave y por la ventanilla observaba el círculo de terrícolas frente a la extraña habitante del planeta cuatro de la estrella errante.

Como no oía lo que decían, se sintió aburrida y fue hacia los monitores que de ordinario controlaba Michael. Movió resortes y entonces, en dos de ellos, vio la misma escena que viera con sus propios ojos, aunque mal centrada.

Poco segura de lo que había captado, ajustó la imagen y entonces, junto a Antoinette, descubrió algo que la aterró.

—¡Si parece un mosquito y es del tamaño de una persona!

Estupefacta, corrió hacia la ventanilla para comprobar con sus propios ojos que se equivocaba.

Allí, volvió a ver a la mujer de las pupilas rojas. Regresó a los monitores y de nuevo comprobó que no estaba en un error.

—¡Atención, atención! —gritó Andrea abriendo el circuito de megafonía exterior para que pudieran oírla todos—. ¡Atención, lo que está junto a Antoinette no es una mujer, repito, no es una mujer, es un mosquito gigante!

—No le hagáis caso —gruñó Michael—, sólo tiene deseos de provocar pleitos.

Bon-doc, menos confiado, se encaró con la ninfa y le preguntó directamente:

—¿Qué tienes que decir a eso?

—Seguidme y os daré lo que deseáis.

El profesor Van Wagen miró a su nieta y preguntó ansioso:

—¿Verdad que Andrea no tiene razón?

—¡Abuelo, es horrible, horrible, pero son mosquitos, son mosquitos gigantes!

Ante el grito repentino de Antoinette, la mujer que se hacía llamar ninfa se transformó a los ojos de los terrícolas en lo que realmente era. Hasta aquel momento, sólo había sido una ilusión óptica que no logró engañar a las telecámaras.

Jano y Harry llegaban corriendo a su encuentro. Este último aún llevaba la antorcha en la mano. Jano gritó:

—¡No os dejéis sugestionar, son mosquitos gigantes!

—¡Hay que defenderse! —chilló Bon-doc.

La mosquito gigante se elevó en círculos y zumbó en el aire de una forma especial. Bon-doc sacó su arma y le disparó, convirtiéndola en una bola de fuego.

Bruscamente, de entre la jungla extraña y blancuzca que les rodeaba, se elevaron cientos de mosquitos gigantes que habían acudido a aquel lugar esperando la llegada de los terrícolas.

El cielo se llenó de horrorosos zumbidos que ensordecían.

Los hombres de Bon-doc corrieron despavoridos hacia su nave, mas el enjambre de insectos hematófogos era tal que fueron abatidos por el camino a aguijonazos mientras ellos disparaban sus armas en todas direcciones.

—¡Antoinette, corramos! —pidió su abuelo.

—¡Cuidado, abuelo! —gritó la joven, viendo como caía en picado una de aquellas bestias sobre el profesor.

Se puso entre su abuelo y el aguijón y se sintió traspasada hasta lo más hondo de su ser.

—¡Antoinette!

El mosquito gigante succionó con una gran velocidad la sangre de la joven, que quedó blanca mientras la dantesca escena era iluminada por las luces de las naves interestelares allí posadas.

Jano se abrió paso como pudo entre el enjambre de insectos y consiguió hacerse con el fusil de uno de los secuaces de Bon-doc que había sucumbido.

Pese a que los terrícolas llevaban armas, la batalla que se estaba librando era desigual, ya que las mosquitos eran muy numerosas.

Andrea, desesperada, encendió todas las luces. Cogió un fusil y se acercó a la puerta, abriéndola aun a riesgo de morir ella también, succionada su sangre por una de las temibles bestias, pero quería dejar la puerta abierta por si alguien conseguía llegar a la nave y refugiarse en ella.

Varios insectos trataron de caer sobre Andrea, mas ésta no se amilanó ni se encerró en la Sky-Delta. Con las espaldas protegidas, comenzó a disparar el fusil incinerante contra las bestias que se le venían encima, convirtiéndolas en bolas de fuego.

Jano la vio a distancia y le asombró la valentía de la mujer que prefería dar la cara, jugarse la vida, a permanecer escondida dentro de la nave, cuando eso habría sido lo más seguro y cómodo para

ella.

Esquivando los aguijones bajo los que caían varios terrícolas, Jano logró llegar a la rampa de su nave. Con ayuda de la propia Andrea, penetró en ella.

— ¡Bravo, Andrea! Mantén la puerta abierta, yo tengo que hacer.

Jano se internó en su nave y fue hacia la cabina de pilotaje. Una vez allí, conectó una ensordecedora sirena mientras abría las trampillas, haciendo aparecer las armas de combate que llevaba consigo para un caso de apuro.

Puso el nivel de los cañones por encima de las cabezas de los terrícolas y oprimió el botón de fuego.

El chorro de luz fría brotó de seis cañones estratégicamente situados en tomo a la nave.

Como si fueran una cuchillada, barrieron el aire y docenas de mosquitos cayeron al suelo, convertidos en cenizas.

El barrido fue total, pues la movilidad de los cañones era muy grande. De esta forma, Jano impedía que los macroinsectos siguieran cayendo sobre los terrícolas; sin embargo, la masacre era ya inevitable.

Sólo Panatta y dos hombres de Bon-doc consiguieron llegar vivos hasta la puerta de la nave.

Andrea cerró la puerta al ver que los demás ya estaban caídos y que en el cielo aparecía una nueva nube de mosquitos gigantes que debían llegar desde otros lugares, acudiendo a la llamada de sus compañeras que sucumbían.

Jano elevó su nave.

Desde el aire, pudo mover mejor los cañones y comenzó a quemar mosquitos a cientos. Pese a todo, muchos de ellos se pegaban al fuselaje de la nave, tratando de clavar sus aguijones como si la Sky-Delta fuera un animal vivo al que tuvieran que chupar la sangre.

Panatta controló con las telecámaras lo ocurrido y fue haciendo primeros planos de los compañeros caídos.

Pudo ver a Bon-doc con un gesto de sorpresa y pánico en su rostro orientalizado, pero ya sin sangre en sus venas.

—¿Queda alguien vivo? —le preguntó Jano.

—Es lo que estoy vigilando y me temo que no.

El profesor Van Wagen yacía en el suelo. Dos mosquitos gigantes

chupaban al mismo tiempo su sangre, dejándole exangüe. Michael también había sido atravesado y succionado por varios aguijones y como él, varios de los hombres de Bon-doc.

—¿Queda alguien en la otra nave? —preguntó.

—No creemos —respondieron los que se habían salvado y que estuvieran al servicio de Bon-doc.

Ahora se daban cuenta de la estupidez de su jefe que, creyendo en la posibilidad de participar en un lucrativo yacimiento, había caído bajo los aguijones de un enjambre de mosquitos gigantes.

—Entonces, voy a darles un regalo que no olvidarán.

Hacia el lugar donde se concentraban los mosquitos gigantes, lanzó un misil termonuclear.

La zona del impacto se llenó de luz y la oleada térmica se expandió en todas direcciones, aniquilando a los insectos.

—Creo que ahora ya nos podemos marchar. Panatta, ayúdame a salir del planeta.

La Sky-Delta perforó la atmósfera abandonando el planeta cuatro y dejando allí un montón de muertos ahora calcinados, un planeta dominado por los insectos y del que debían alejarse para siempre.

Cuando consiguieron la velocidad de crucero de retorno a la Tierra, Jano puso en marcha los automáticos y fue en busca de Andrea que se había refugiado en su hábitat.

—Andrea, te has comportado con una valentía propia de un luchador nato.

—Soy una inútil. ¿No opinabas eso de mí?

Jano cerró la puerta y se quitó la casaca, desnudando su tórax.

—Estaba equivocado contigo y eso se puede remediar ahora.

—¿Qué tienes en el pecho, Jano?

—Una mordida. ¿No te dice nada?

—Sí, que yo tengo otra, mira. —Le mostró su mano.

—¿Te has mordido tú misma?

—No, me mordió Antoinette, y mucho me temo que ella también te mordió a ti.

—Piensa lo que quieras.

—Prefiero no pensar, Jano —musitó—. Ahora, si quieres algo, apaga la luz...

Mientras, la Sky-Delta, con los supervivientes a bordo, cruzaba el cosmos de regreso a la Tierra mientras la estrella errante seguía

viajando por el espacio, llevando a su alrededor su propio sistema planetario.

F I N